

EDICIONES ANTISECTARIAS—VOLUMEN II

Director: J. Tusquets

ANTONIO PÉREZ DE OLAGUER

EL TERROR ROJO EN CATALUÑA

3.^a EDICION

Ejemplares 20.001 a 30.000

EDICIONES ANTISECTARIAS

APARTADO 98—BURGOS

1937



EDICIONES ANTISECTARIAS

La finalidad de estas Ediciones es puramente patriótica y en modo alguno partidista. En ellas colaborarán personalidades de diversas ideologías, pero no figurará ni un autor dudosamente adherido al Régimen, ni una idea que no contribuya a defender las normas que para España va dictando S. E. el Generalísimo Franco.

Propagar estas Ediciones es un deber de todo buen español. Sobre todo, hay que difundirlas entre los soldados y las milicias, para ir formando la conciencia colectiva de la Nación y hacer obra de sólida cultura popular. Los que posean la colección completa tendrán con ello un precioso archivo de datos muy depurados acerca del glorioso movimiento nacional, y un verdadero arsenal de documentos para sembrar las buenas ideas en España y en el Extranjero.

Los primeros tomos de «Ediciones Antisectarias», algunos ya publicados y otros en impresión o en preparación, serán los siguientes: *La Francmasonería, crimen de lesa Patria*,—*El Terror Rojo en Cataluña*,—*España, vendida a Rusia*,—*Masonería y Separatismo*,—*El Judaísmo*,—*Escándalos de la Masonería*,—*La epopeya del Alcázar*,—*Calvo Sotelo*,—*El Terror Rojo en Andalucía*,—*Vida oculta de la Masonería*,—*La Masonería y el Obrero*,—etc.

«Ediciones Antisectarias» están en relación con otros centros análogos del Extranjero y traducirán o adaptarán oportunamente obras de resonancia mundial.

REDACCIÓN Y ADMINISTRACIÓN:

APARTADO 98 - BURGOS



EL TERROR ROJO EN CATALUÑA



EL TERROR ROJO
EN CATALUÑA



EDICIONES ANTISECTARIAS—VOLUMEN II

Director: J. Tusquets

ANTONIO PÉREZ DE OLAGUER

EL TERROR ROJO EN CATALUÑA

3.^a EDICION

Ejemplares 20.001 a 30.000

EDICIONES ANTISECTARIAS

APARTADO 98—BURGOS

1937

CON LAS DEBIDAS LICENCIAS

ES PROPIEDAD

HIJOS DE SANTIAGO RODRÍGUEZ. EDITORES :: BURGOS



PÓRTICO

I

Asesinado Calvo Sotelo, todo el mundo comprendió en Barcelona, como en las demás ciudades españolas, que se acercaba el instante decisivo en que chocaría el comunismo con las reservas de la Tradición; pero en Barcelona el nerviosismo era mayor, debido a múltiples factores y acontecimientos.

La fiesta del Primero de Mayo había constituido un alarde imponente de fuerza comunista. Centenares de millares de obreros inundaron los campos y coronaron las alturas, tremolando banderas rojas, como sin darle importancia al hecho. Desde aquella fecha el ambiente se enrareció. Los sacerdotes no podían transitar por los barrios humildes sin exponerse a groseros insultos de palabra y de obra. En la semana que siguió al asesinato de Calvo Sotelo, las ramblas hervían, todas las noches, de un verdadero ejército rojo, bien armado y avizor. Y bajo el pretexto de celebrar una «Olimpiada Popular», que compitiese con la de Alemania, la *Esquerra* acumulaba en Barcelona algunos millares de ex combatientes franceses, rusos y checoslovacos y buen número de bandoleros mejicanos. Los trenes circulaban con enormes letreros que insultaban soezmente al Ejército y al Sacerdocio. Y las autorida-

des se complacían en tolerarlo y se dedicaban a reparar armas por millares, sirviéndose de camiones, en los barrios extremos de la ciudad, en los que no ser comunista era una rara excepción.

También las derechas daban muestras de actividad. La oficialidad se mostraba dispuesta a sacrificarlo todo, a arriesgar su porvenir y su misma vida, con tal de salvar la Religión y la dignidad y unidad de España. Y miles de ciudadanos se aprestaban para tomar las armas y echarse a la calle, en cuanto lo ordenase el Ejército salvador. Carlistas, falangistas, militares retirados, juventudes de Renovación Española y de la C. E. D. A., se fundieron en una sola organización, distribuida en centurias y decurias y provista de distintivos e incluso de armas. No recuerdo que formasen parte de este frente único las juventudes de la *Lliga*. Recuerdo que estaban contra él los jóvenes de Unión Democrática y los Jóvenes Cristianos Catalanistas.

El Movimiento salvador nació con mala estrella. Dos días antes fué detenido un enlace que llevaba encima importantes documentos. Por otra parte, la Guardia Civil adoptó una actitud desconcertante. La Generalidad la empleó en una guardia permanente que impedía la salida de la guarnición fuera de la capital y cortaba una posible retirada en caso de vernos derrotados. La captura del enlace permitió a la Generalidad tomar sus medidas, orientadas por el General Llano de la Encomienda. La noche del sábado, grupos de *escamots* y de *faistas* montaron nidos de ametralladoras en las azoteas y torrecillas del trayecto que debían seguir las tropas. Además, nuestros adversarios se incautaron, aquella misma noche, de millares de autos, y en cada auto se acomodaron tres *faistas* y un técnico—guardia de Asalto, o ex combatiente ruso—armados de pistolas ametralladoras.

Mientras la Generalidad tomaba las precauciones antedichas, unos quinientos jóvenes de nuestra organización se distribuyeron por los cuarteles, para animar a las tropas. La consigna era que la Guardia Civil tomaría la emisora de *radio* y lanzaría a las ocho de la mañana una orden terminante, para que se echase a la calle y cooperase con la tropa toda nuestra organización ciudadana.

II

A las cuatro de la madrugada, las tropas se dirigieron a sus objetivos, quedando en los cuarteles la fuerza indispensable para defenderlos y proteger la retirada. No falló más que un cuartel, en el cual habían sido previamente encarcelados los oficiales afectos al movimiento. Falló también, casi en absoluto, la Guardia Civil, muy trabajada por la propaganda comunista y seducida por los discursos, garantías y promesas de Aranguren, Pozas y demás traidores. Terrible fué la lucha. Los aeroplanos de la Generalidad ametrallaban sin piedad a los soldados y a los ciudadanos que les acompañaban. Hora y media estuvo cargando el regimiento de Santiago, con su Coronel al frente, para abrirse camino por el paseo de Gracia, y lo hubiesen logrado sin la intervención de los aviones separatistas. Otras tropas, más afortunadas, aunque no más heroicas, conquistaron preciados objetivos, entre ellos la Telefónica, situada en la plaza de Cataluña, y la Universidad, en cuya toma colaboraron los requetés y los estudiantes monárquicos y falangistas.

Pero, en su conjunto, el Movimiento presentaba mal cariz. La Guardia Civil no atacó la *radio*, y ésta, en vez de lanzar la anhelada consigna, daba noticias

favorables a la Generalidad. A las once, la Guardia Civil atacó por la espalda a nuestros artilleros que estaban a punto de conquistar la Consejería de Gobernación. Al mediodía, la misma Guardia Civil, lanzando gritos estentóreos de «¡Arriba España!», era recibida como un auxilio providencial en la Universidad y a traición se posesionaba del edificio. A las tres de la tarde, la Guardia Civil y los de Asalto, provistos de morteros y secundados por la hez del pueblo, vomitada por las bocas del Metropolitano de la plaza de Cataluña, asaltaron la Telefónica. Nuestros aviones, que no actuaron por la mañana porque el General Goded extremó el respeto a la ciudad y a sus obras de arte, no pudieron actuar por la tarde, ya que la tropa se insubordinó y detuvo a la oficialidad leal. Los refuerzos prometidos no llegaban, porque la inesperada defecación de una parte de la Escuadra imposibilitaba su traslado. En varias calles y plazoletas yacían montones de oficiales, soldados y ciudadanos, en torno de una pieza de artillería, entre caballos agónicos o muertos.

Caía la tarde. La Guardia Civil, la F. A. I. y algunos guardias de Asalto, se encaminaron hacia la Capitanía general arrastrando tres cañones. No se necesitaba mucha técnica para batir un edificio absolutamente desprovisto de condiciones estratégicas. El General Goded procuró salvar a cuantos oficiales pudo y les dió oportunas instrucciones. No se rindió. Los atacantes derribaron las puertas y entraron como un alud. Y hallaron al General, muy sereno. Como era cristiano, no se pegó un tiro. Uno de aquellos miserables disparó contra él y le hirió levemente. Le apresaron y le condujeron a la Generalidad. El General había ordenado que siguiesen resistiendo los cuarteles de la línea del Llobregat, por si llegaban refuerzos. Mandó a los demás que se rindiesen, porque era baldía la resistencia contra

la masa imponente del sindicalismo y aun era posible salvar la vida de los soldados.

III

Uno tras otro se rindieron los cuarteles. Los oficiales recabaron para sí toda la responsabilidad, con lo que salvaron a la tropa. El lunes, cuando se supo con certeza que no llegarían refuerzos, se entregaron los que guarnecían la línea del Llobregat, o sea Pedralbes y Atarazanas.

Pero de estas últimas rendiciones apenas se enteró Barcelona. El Terror Rojo ya se había iniciado. Rotos los diques, desarmados los nuestros, se desbordaba el populacho azuzado y controlado por rusos, franceses y mejicanos, por comunistas, judíos y masones. Ardían los templos. Ardían por tres veces, hasta que se derrumbaba la techumbre. Una turba soez desfilaba ante las momias de las religiosas, a cuyo lado los masones de *El Diluvio* colocaron huesecitos de niño, con la más siniestra y grosera intención. Se allanaba los domicilios. Caían por centenares las víctimas. Los camiones y automóviles de la Generalidad y de la Confederación Nacional del Trabajo irrumpían en los paseos, transitando por el andén reservado a los peatones, y en ellos se hacinaban gavillas de criminales, con los ojos encendidos en odio satánico, el cuchillo entre los dientes y la *star* en la mano crispada. Se inauguraba el Terror Rojo. Miles de seres inocentes iban a caer bajo el rodillo montado por el soviet y la masonería.

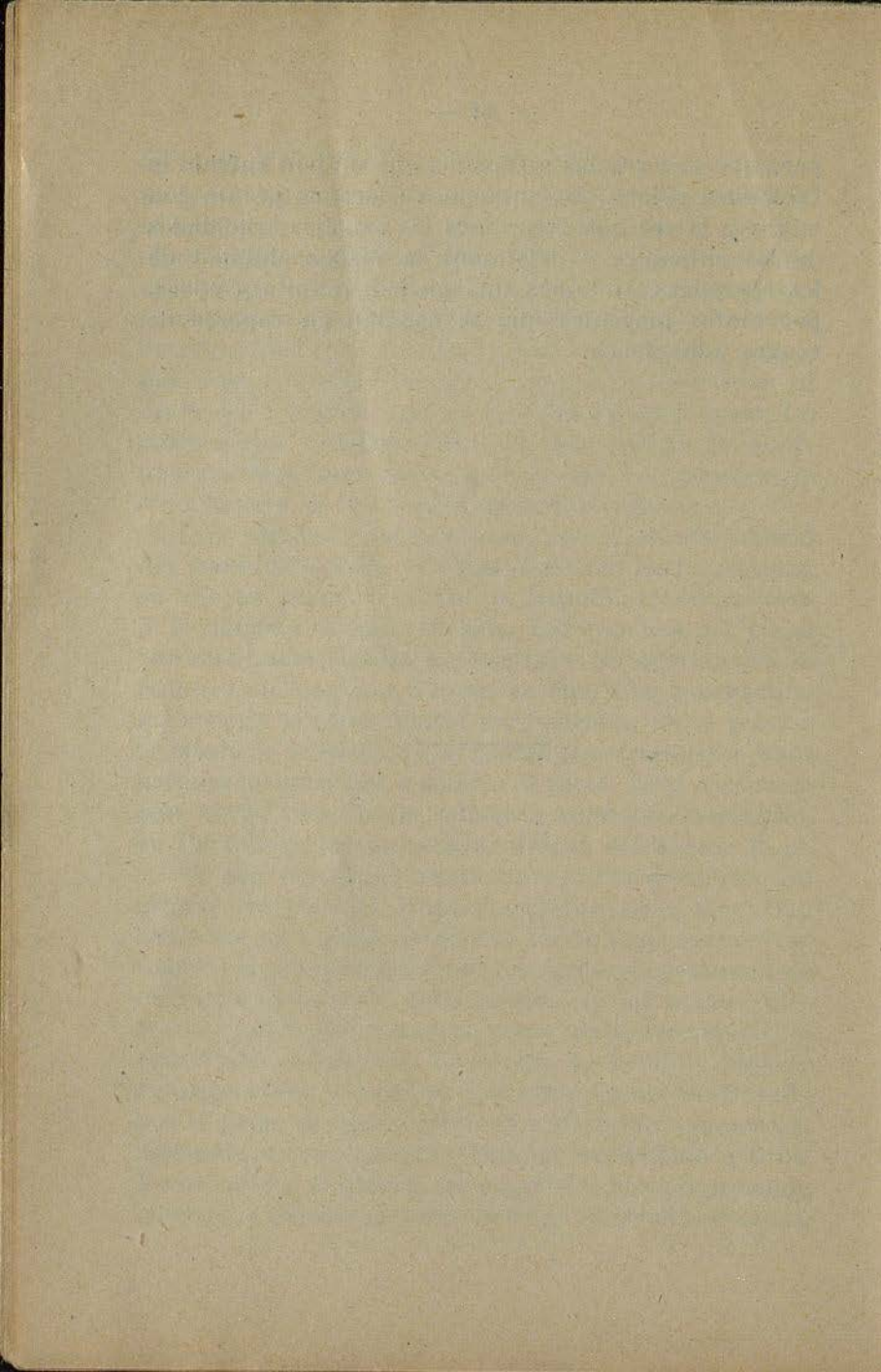
El terror tuvo un pórtico. Voy a describirlo para que sirva de introducción a mis cuadros, tan cruentos como objetivos. Fué el domingo, a las seis y cuarto de

la tarde. La turba que había conquistado la Telefónica, se apoderó de uno de esos carros de artillería, con baranda campesina, que recuerdan el que condujo al cadalso a Luis XVI. Le engancharon dos caballos, enjaezados con arreos muy parecidos a los que se empleaba en tiempo de la Revolución francesa. Yo no sé de dónde los sacaron. Yo ignoro qué obscuro antro, qué logia diabólica se los proporcionó. Subieron al carro dos hombres, con un pistolón en cada mano. Lo custodiaban, a cierta distancia, tres parejas de guardias marinos, muy parecidos también a la guardia revolucionaria de los viejos grabados franceses.

Esta lúgubre comitiva tomó por el arroyo central del paseo de Gracia. Los pistoleros del carro gritaban de vez en cuando: «¡Viva la República comunista!» Y levantaban el puño en alto. Las familias del paseo cerraban atemorizadas los postigos. No querían ver la realidad. Se negaban a creer en ella. Una muchachita no levantó el puño. Quizá por valentía, quizá porque el miedo le arrebató la serenidad. Los pistoleros obligaron a los guardias a subirla al carro. ¿Fué asesinada más tarde? Esta fué la cabalgata *simbólica* que abrió, en Barcelona, las puertas dantescas del Terror Rojo.

No me propongo trazar un cuadro completo. No alegaré estadísticas. Unas pinceladas, nada más. Hay cosas que no pueden escribirse. No he sabido encontrar todavía la paz necesaria para describir el asesinato de mi padre, herido de cinco balazos, en las manos, pies y muy cerca del corazón, como para reproducir la crucifixión del Señor. Yo recogí su bendito cadáver ensangrentado y besé su venerable frente destrozada por el golpe de gracia. No voy a describir tampoco el asesinato de mi hermano Manuel, acribillado a tiros. Yo no puedo, ni quiero, ser completo. Pero sí pretendo mostrar a España algunas de estas horrendas escenas,

para que den gracias a Dios los que no han sufrido la Dictadura roja y nos animemos a acabar pronto con ella, y a la vez que execramos las salvajes crueldades de los culpables y delatamos la responsabilidad de los cómplices, sintamos una piedad, infinita y eficaz, por tantos inocentes que se asfixian en vapores de sangre y de cloaca.





LA HORDA SACRÍLEGA

Soy de los que siempre han sostenido que limitándose todos los ciudadanos exclusivamente al cumplimiento fiel y normal de los diez Mandamientos de la ley de Dios, los pueblos alcanzarían el mayor grado de cultura y de prosperidad.

Sin robos, sin adulterios, sin asesinatos, con amor, con caridad, con diligencia, con virtudes colectivas, ¿cómo no iban a crecer y a progresar los pueblos? Es evidente.

En consecuencia, por lo tanto, cuando los pueblos se alejan del Dios verdadero, caben dentro de ellos todas las ruinas y todos los malestares.

Por ende, quienes buscan los malestares y la ruina de los pueblos, para lucrarse con ello, procuran divorciarlos de Dios.

Es el caso de España de unos años a esta parte.

Precisamente uno de los discursos—si se le puede llamar discurso—que más me impresionó por radio, en los primeros días revolucionarios, fué aquel en que el orador tuvo estas palabras fuertes, concisas, claras, reveladoras:

«Dicen por ahí que con Franco está Dios. Nosotros no sabemos si Dios está con Franco. Lo único que sabemos es que con nosotros está Satanás...»

¿Cabe una declaración más sincera, una confesión más paladina, una verdad más grande?

Con nosotros, ciertamente, está Dios y su presencia se ha notado providencialmente en muchas ocasiones. Pero Dios, para que purguemos nuestras faltas y nos curtamos en el dolor, que es la gran fuente de virtud, permítele que Satanás capitaneé a nuestros enemigos.

La revolución roja es satánica. No cabe duda. Las hordas sacrílegas desencadenadas sobre España y de un modo especialísimo sobre esta pobre Cataluña, lo proclaman abiertamente.

Su primer cuidado fué quemar los templos y asesinar a todos los sacerdotes. El día que se logre la estadística completa, ante la frialdad de los números se descubrirá la monstruosidad sacrílega.

Aún ahora, con datos que pecan siempre de modestos, con cifras mínimas, puede asegurarse de una manera positiva que en Barcelona se ha quemado, se ha destruido, 177 iglesias. Entre ellas maravillas arquitectónicas e históricas como la iglesia de Santa María del Mar, como la iglesia de Belén, como la iglesia de Santa Mónica. Parcial o totalmente se ha destruido todos los templos de la ciudad, a excepción de la catedral y de la Sagrada Familia, si bien han destrozado sus principales altares. Todos los oratorios particulares, que sumaban un gran número, han sido quemados. Han desaparecido, salvo cortísimas y casuales excepciones, todas las imágenes, todos los objetos religiosos, incluso todas las estampas o cuadros artísticos de tema no profano.

En Cataluña no ha quedado una iglesia intacta. Más de cuatro mil templos, muchísimos más, derrumbados o malheridos, quedan como testimonios perennes de la barbarie y el satanismo. La furia sectaria

ha llegado al extremo de quemar iglesiucas como la de Tagamanent, en la cima de un monte, para llegar al cual es preciso andar—no hay otro medio de locomoción—más de cinco horas, o como la de Puiggraciós, colgada en riscos, a dos horas del lugar más cercano.

Se estima, según el cálculo más optimista, que no queda más del 15 por ciento de sacerdotes vivos, de sacerdotes no asesinados. Casi todos los párrocos han sido vilmente martirizados. En Cervera, muchos seminaristas, apilados, fueron rociados de petróleo y, prendido el fuego, perecieron abrasados. En Tarragona también fueron asesinados muchos seminaristas de Filosofía y Teología y pereció casi todo el Cabildo catedral. El santo obispo de Lérida fué asesinado después de ver morir a unos setenta sacerdotes, que bendijo, uno por uno. Había pedido que le matasen el último. Así cumplió su deber pastoral.

La horda sacrilega ha cumplido su misión satánica. De su crueldad, de su audacia, de su morbosa perversidad, de esa grandeza que posee el Mal cuando Satanás anda en ello, pueden servir de ejemplo los seis casos que dibujo seguidamente.

1.—LA QUEMA DE LA IGLESIA DEL CARMEN

Iglesia del Carmen de Barcelona. Iglesia predestinada, levantada sobre las ruinas de un convento incendiado: el convento de las Jerónimas quemado en 1909 por las turbas fanáticas.

La iglesia del Carmen, situada en uno de los lugares más céntricos y al mismo tiempo más populares de la ciudad, tenía un cuerpo moderno, airoso, en el que se adivinaban las líneas clásicas, típicas, indis-

cutibles de su arquitecto, José María Pericas. Bajo la bóveda gris, junto a las agujas finas y esbeltas, se respiraba ese aire de ciudad trabajadora, en el que se mezclaban humaredas de fábrica, hedores de barrios extremos y polvo del puerto cercano. Y allá, al mediar la tarde, junto al Cristo, una viejuca que reza. Tal vez cerca de ella dos muchachas, con un pañuelo pequeño y blanco, sobre la cabeza, silabeaban rápidas unas oraciones breves, como con prisa. Quizás un sacerdote joven, pulcro, digno, devoto, dice sus rezos cotidianos. Acaso un anciano, medio inválido, dormita en un banco. Y seguro, que a esa hora se ve siempre la silueta magnífica de su cura párroco, de don Joaquín Cañis. Estampa recia del santo viejo español. Rostro de color magro, en el que fulgen unos ojos impacientes llenos de fervores místicos. Gesto hosco, huraño, tal vez un poco malhumorado, que sólo se endulza cuando habla de caridad, de los pobres, de los humildes, de los desvalidos.

Y junto a la soledad, junto a la quietud, de la iglesia a un tiempo aristocrática y popular del Carmen, la vida, el movimiento, el dinamismo, de las obras nacidas a su calor y mantenidas por su energía y por su fuerza. Sus escuelas, sus comedores gratuitos, su Patronato benéfico. Siempre en marcha. Siempre adelante.

Y los domingos, en la iglesia rebosante de fieles, se recoge los frutos de una santa labor de apostolado.

¿Por qué destruir todo esto? ¿Por qué destrozarse un templo de fe, de donde surge tanta caridad?

Es uno de los días primeros del Movimiento. Todavía dentro del mes de julio—mes fatal para Barcelona—de mil novecientos treinta y seis.

La muchedumbre, ebria ya de odios satánicos, ha

tomado la calle. Hay que destruir. Hay que quemar.

El cuadro es fuerte. Muy fuerte. Uno de los cuadros más siniestros de esa revolución internacional, tan pródiga en los crímenes más viles.

Han acudido los técnicos. Los técnicos en los incendios de las iglesias. Han descendido de su camión con sus latas de petróleo, sus haces de astillas, sus paquetes de algodón en bruto. Y sobre todo, sus bombas incendiarias. ¡Ya arde la iglesia del Carmen!

Primero unas densas, espesas, sucias, oscuras columnas de humo. Luego las llamaradas rojas, vivas, serpenteantes. Después, el crepitar de la materia que se consume. Por último, el edificio que se desmorona.

La iglesia del Carmen es ya una hoguera grande. Con ella arden los comedores donde los pobres satisfacían gratuitamente su hambre. Arden las escuelas donde los niños encontraban gratis también el alimento del espíritu. Todo cuanto era signo de cultura desaparece envuelto en llamas.

Pasan unas horas. Derribadas las paredes, fundido en cenizas cuanto es combustible, de la iglesia del Carmen sólo queda una hoguera, un mar de fuego.

Y entonces... ¡Qué horror!

Los incendiarios, los asesinos, han descubierto cinco monjitas, cinco monjitas castas, puras, buenas, consagradas al prójimo y la caridad. Allí están con el terror y la ternura pintados en los rostros afligidos, mojados de llanto... Allí están... El albor de las tocas, el azul oscuro del sobrio traje talar, da a sus figuras frágiles, delicadas, suavemente femeninas, un fulgor entre majestuoso y sobrenatural.

Y aquellas fieras, con sus bayonetas, con sus cuchillos, con sus puños incluso, les hacen retroceder, lentamente, lentamente, de espaldas al fuego...

La muchedumbre lo adivina. Esa muchedumbre

sin freno, sin dominio, sin pudor. Muchedumbre de pasiones sucias, repulsivas, repugnantes... Muchedumbre enferma, envenenada, demente...

Y los réprobos, los salvajes, los verdugos, empujan a las monjitas hacia la hoguera. Ellas, caminando de espaldas, no ven el peligro. Pero lo presienten, lo adivinan por el calor de las llamas muy cerca.

Hasta que el crimen se consuma. Hasta que las monjitas caen en la hoguera.

Apenas han gritado. No ha habido ni un despedido breve. El tránsito a la Gloria se hace sin ruidos, sin aspavientos.

La muchedumbre babea insultos, escupe blasfemias. La muchedumbre ha perdido el juicio definitivamente.

¡Baldón eterno para quienes, con el juicio sano, sueltan la chusma podrida, escoria del prostíbulo y cáncer de la sociedad!

2.—EL ESPECTÁCULO DE LAS MOMIAS

No; nadie lo pudo organizar mejor. El espectáculo de las momias—en la iglesia de la Enseñanza, pongo por caso—constituyó un éxito de organización y de meticulosidad, difícilmente superable. Cuidaron de los detalles más nimios. Todo estaba previsto.

Fué el martes, primero después del 19 de julio. Dos días de destrozos revolucionarios, de envilecimiento colectivo, pedían a voces un premio, una distracción, un espectáculo.

La iglesia de la Enseñanza, situada en la calle de Aragón, entre el paseo de Gracia y Clarís, era un edificio relativamente moderno, trazado sobre viejos modelos románicos. Se le daba el nombre de iglesia de la

Enseñanza porque en su ala izquierda se albergaban las muchachitas del barrio y recibían instrucción esmerada y generalmente gratuita.

El martes ya citado tuvo lugar el número presentación del programa.

A eso del mediodía, cuando el claro sol de julio caía a plomo, unos muchachos de la F. A. I. disparan sus escopetas al aire.

Inmediatamente se concentraron alrededor de la iglesia de la Enseñanza unas cuantas docenas de milicianos. Aseguraron que los tiros habían procedido de un ataque iniciado desde el convento.

Su teoría era muy peregrina. Un grupo de fascistas, que sin duda no tenía en aquel momento otro quehacer, se había entretenido en tirotearles. Pero seguramente por equivocación dispararon al aire. Había que coparlos.

El pueblo, que es muy ingenuo, encontró aquello muy natural. Y se procedió a un registro.

La circunstancia de que este registro no diese ningún resultado, no desanimó a la gente. La vecina iglesia de la Concepción ardía como una pira enorme. El Cristo que se veneraba en uno de sus altares había sido arrojado a las escaleras y era objeto de todas las profanaciones. Llegaba un hedor muy acre.

Entonces arribó un camión de incendiarios. Tan bien organizado como un auto de bomberos. Descendieron los técnicos. Gente experta y práctica. Estudiaron las corrientes de aire. Hicieron sus cálculos. Y luego arrojaron contra determinados puntos del templo unas botellitas de líquido inflamable. Al chocar, hacen una pequeña detonación. Como la que produce una pistola de aire comprimido.

El público empezó a darse por satisfecho. Surgieron los comentaristas:

—Arderá en media hora.

—No exageres... Tal vez dure dos horas largas.

—No lo creas; éstos saben mucho...

Y la iglesia, el convento, la escuela gratuita, el pan del espíritu y el alimento del cuerpo se fundieron y desaparecieron en una hora.

No obstante, la iglesia no quedó totalmente quemada aquel día. Tal vez por sus gruesos pilares de piedra, el fuego quedó albergado en su interior.

Al día siguiente llegaron otros técnicos. Estudiaron las causas. Y esta vez los restos de la iglesia se cayeron rápidos.

Al día siguiente, el espectáculo amenazaba eclipse. Ya no ardía la iglesia reducida a un montón de escombros humeantes.

Y entonces... alguien recordó la tristemente célebre Semana Trágica de Barcelona. ¿Por qué no desenterrar los cadáveres de las monjas? ¿Por qué no exponer sus esqueletos? ¿Por qué no sacar a luz todos sus misterios?

En primer término—la organización se ha dicho fué perfecta—se trajo en un auto unos huesecillos de niño, para colocarlos estratégicamente. Luego se desenterró unas cuantas monjas. Y las expusieron al público.

¿Qué se pretendía con esto? ¿A qué conducía esa salvajada?

Era un espectáculo organizado con bastardos fines políticos. Companys y los suyos, según se desprende de ello, quisieron aparecer inmensos ante la faz del mundo. Como gobernantes conscientes, organizaron maravillosamente la visita a las momias. Con frecuencia, Pérez Farrás, aún no partido al frente de Aragón, encarrilaba el espectáculo. Con un orden perfecto, digno de mejor suerte, desfilaron durante tres días

más de cuarenta mil personas, según cálculos fidedignos. Allí acudía la pareja de novios. El matrimonio con sus hijos. Tipos aburguesados. Obreros. Meretrices. Criaturitas.

¡Qué naturalidad! ¡Qué trágica naturalidad en este desfile macabro!

Los organizadores sonreían, satisfechos. Los propósitos de fermentados masones hallaban eco en algunos sencillos que no comprendían aquellos tiernos huesecitos de niño. Y la masa se estremecía de espanto. Se conmovía con esa lujuria del terror, que tan pronto había de cristalizar en hechos repugnantes.

3.—DE CACERÍA

Un aguafuerte. Rápido, repugnante, repulsivo. La mente resiste a imaginarlo. La pluma resiste a transcribirlo. Pero, por ello mismo, es conveniente, es necesario proclamarlo, porque es historia, historia negra, historia roja, pero historia al fin de esos días revolucionarios de Cataluña, que es absolutamente preciso que el mundo conozca, que el resto de España no ignore, para que en su día se pueda obrar en consecuencia y brille, purificadora, la obra de la Justicia.

Falset es un pueblecito alegre, risueño como todos los de la provincia de Tarragona. Su campo, lleno de pequeños propietarios, no había conocido nunca problemas. Era rico, era próspero, era feliz. La vida se daba con facilidad. Las cosechas eran casi siempre buenas y la vida transcurría plácidamente, sin hondas preocupaciones y, sobre todo, sin que nunca la miseria marcara con su sello clásico, de hambre y de horror, a ningún hijo del pueblo.

Pero... Tanta felicidad no podía ser eterna. Y un

mal día sentó sus posaderas en Falset un cacique izquierdo: Llorens, el León... Así se le conocía. Era un sectario. Y el 6 de octubre, tristemente célebre, Falset, el pacífico pueblecito, se rebeló por primera vez, lleno de saña, lleno de odio. La propaganda subversiva había hecho mella en el ánimo de los aldeanos.

Viene la represión. Llorens el León fué encarcelado. Y luego de varios interrogatorios, el Consejo de Guerra, magnánimo, generoso, le perdonó la vida, poniéndole en libertad.

Esa generosidad tal vez fué nociva. Falset estaba ya envenenado, y la convivencia con el que le había inyectado el microbio del mal, no podía hacerle ningún bien.

Y el rencor, la ingratitud, fueron minando, fueron destruyendo la conciencia colectiva de aquel pueblecito, antes risueño y alegre.

Aguafuerte. Breve. Rápido. Terrible. Repugnante. Único tal vez.

Falset, después del 17 de julio: Incendio de la iglesia. Tiros. Saqueos. Caos. Lo vulgar. Lo ya lógico.

Y una noche, de las primeras del horror, el flamante Comité revolucionario detiene a varios sacerdotes dignísimos. ¿Quiénes figuran en este Comité? No se sabe. Acaso no se sepa nunca. Tal vez no eran hombres de la tierra. Tal vez eran diablos escapados del infierno.

Uno del Comité, con sonrisa de Judas, con sonrisa de hiena, dice, dándoselas de clemente, de comprensivo, a los pobres sacerdotes asustados:

—Se han desbordado las masas. Para nosotros será muy difícil protegeros, salvar vuestras vidas, pero no tenéis nada que temer. Huid a la montaña. Escondeos en el bosque. Yo diré que os hemos llevado a Barcelona. Así os salvaréis.

Los pobres sacerdotes bendicen a aquella alma buena, a aquel Comité generoso. Y, fundiéndose en las sombras, atraviesan el pueblo, escapan campo traviesa, se pierden en el monte...

Y en aquel mismo momento, el que ha hablado ríe. Y ríen con él, con carcajadas satánicas, los restantes componentes del Comité. Salen todos a la calle. Baten un tambor:

—Camaradas: Se hace saber que para esta madrugada se ha levantado la veda de curas y hemos organizado una cacería. La cacería de los curas. Todos los que tengan perros, todos los que tengan escopetas, que rodeen el monte, y que ninguno de los curas se escape... ¡Salud!...

Y cuando las primeras luces del alba tiñen de alegría y de claridad la pureza del cielo, al margen de estas espantosas maquinaciones diabólicas, varios cazadores salen del pueblecito, con sus perros, con sus polainas, con sus zurroneos, con todo lo característico en una excursión cinegética.

A poco, el silencio, solemne, magnífico, impresionante, dulcísimo, de un amanecer en el campo, se ve turbado por los disparos secos, taladrantes, trágicos. Allá, a lo lejos, suena el alarido de terror de un hombre que huye acosado por los perros, seguido de cerca por los infames cazadores. Del otro extremo, otro grito de espanto.

¡Para qué proseguir! Es la auténtica caza del hombre...

Y Falset, el pueblecito trabajador y alegre se ha teñido para siempre de oprobio y de gloria.

4.—Y ÉSTA ES LA DEMOCRACIA

El Cementerio Nuevo de Barcelona mira al mar. Los huecos fríos, húmedos, desagradables de los nichos vacíos abren sus concavidades ásperas a la brisa salubre y tibia del mar. Y en estos días, los huecos fúnebres se cierran constantemente, como si fueran los dientes infinitos de un monstruo insaciable, clavándose crueles en las víctimas indefensas.

Y esto es Barcelona en los largos días revolucionarios. Víctima imprudente devorada por ese monstruo maldito que viene de las estepas heladas de Rusia a saciar su apetito feroz.

Yo estoy en el Cementerio Nuevo de Barcelona con el alma rota, despedazada de dolor. Es al caer de la tarde, y el rojo del crepúsculo pone un marco adecuado a la escena inolvidable de desconsuelo infinito. Yo estoy acompañando a mi padre, asesinado villanamente, por ser católico, por ser honrado y por repartir con demasiada profusión sus bienes entre los pobres. Yo pienso en muchas cosas, y no pienso en nada, porque estoy aturdido, porque estoy desconsolado y porque estoy muy triste.

De pronto, junto a mí, veo a una mujer. Es una mujer del pueblo, sencilla, fuerte, casta. Lloro con ruidos, con esa expansión del pueblo, igualmente desbordadora en la alegría que en la pena. Yo la veo y yo pienso:

—¡He aquí el contraste, el reverso de la medalla! Yo lloro a mi padre, asesinado por los obreros, por la gente del pueblo. Y esta madre llora a su hijo, asesinado por los ricos, por los poderosos, por los burgueses... He aquí marcada la división de clases, la clasificación de castas. ¿Quién podrá vadear este río de san-

gre? ¿Quién podrá cruzar esta laguna de castas?

De pronto la mujer, que ha resoplado fuertemente y ha desahogado ya algo de su pena, viene hacia mí, con esa ingenua curiosidad propia de todas las mujeres:

—¿A quién lloras tú?

Yo veo la discusión al margen de nuestro dolor común. Pero he contestado fríamente:

—Lloro a mi padre, asesinado porque era bueno...

La mujer me ha mirado y me ha estrechado fuertemente la mano:

—Yo lloro a mi hijo, que ha sido también asesinado porque era bueno...

Respeto su convicción. A una madre, ¿qué otra cosa puede parecerle su hijo?

Pero ella, que ha leído en mi pensamiento, me ha explicado:

—Mi hijo tenía 18 años. Era un obrero. Ganaba un sueldo muy modesto, pero era feliz, porque no tenía más ambiciones, y porque iba a misa todos los domingos. Ayer, por la mañana, uno de sus compañeros de la fábrica le nombró y dijo: «Ese va a misa todos los domingos; tipos como ése, estúpidos, fanáticos, hacen más daño que cien curas... Hay que acabar con ellos...» Y eso fué todo. Mi hijo era del sindicato, no se había metido nunca en política, no había tenido ni tiempo de meterse en nada—eran dieciocho años—y me lo cogieron, y junto a una tapia lo acribillaron a tiros...

La buena mujer suspiró y rompió de nuevo a sollozar ruidosamente. Yo lloré también, y la abracé con cariño, con respeto, con fe.

El milagro estaba hecho. Y ésta es la democracia. Las clases, las castas, se unen ante el dolor común.

La otra democracia, la democracia de la libertad, la que asesina, la que mata a mansalva, al camarada, al compañero, al amigo, por el delito sólo de que no piensa como él en una materia tan independiente como la materia religiosa, esa democracia falsa debe perecer, debe morir a su vez. No bajo el fuego de los fusiles, sino bajo el peso de las convicciones.

¿No es cierto, mujer del pueblo, que has llorado conmigo los crímenes de esos indignos propagadores de la falsa doctrina de Marx? ¿No es cierto que tú serás una buena propagandista de la doctrina buena?

Y dejé a aquella mujer. La dejé, y como no pensaba en nada y pensaba en todo, he pensado que algún día, cuando las cosas varíen, bueno será buscar a esa mujer para que al menos no le falte el jornal de su hijo. y habremos de llegar también a los otros, al obrero de la acera de enfrente, y conquistarlo como sea, con nuestro dinero, con nuestro sacrificio, con nuestra sangre, para que estos hechos inhumanos, para que estos hechos salvajes, para que estos hechos inauditos, no se repitan, no puedan repetirse nunca...

5.—CERTIFICO QUE SON MARTIRES

Son las nueve de la mañana del 21 de julio, en Barcelona. Mañana cálida, apacible, serena, de verano. La Compañía de Jesús, disuelta arbitrariamente en España, sostiene aún de una manera oficiosa y discreta su obra más bella: la de los ejercicios espirituales, legados por su fundador San Ignacio de Loyola... Y así tiene en el barrio alegre de la Bonanova su casa de Ejercicios, donde, en tandas espaciadas, se reúnen periódicamente desde los niños a los viejos, desde la inocencia de la

infancia hasta la juventud ansiosa de luz y la vejez deseosa de paz.

En esta mañana son los niños los que se han recogido en meditación. Y ante las noticias inquietantes que llegan de la ciudad revolucionada, un grupo de Padres jesuitas, abnegados, decididos, valientes, no quiere huir por no abandonar a los muchachos encomendados a su custodia.

Sí. Son las nueve de la mañana del 21 de julio. En una sala austera, en una sala sencilla, está el Padre José María Murall. El Padre José María Murall es una figura de relieve en la Compañía. Hace unos días era aún Provincial. Hace muy poco ha cesado en su alto cargo. Y con esa sencillez de renunciamiento propia de la Orden, espera en la oración un nuevo destino. Con él está el Padre Félix Cots, Rector de Sarriá, redondo, risueño, anciano. Está próximo a los 70 años, pero aun se mantiene erguido y fuerte. Está también el Padre José Romá, alto, moreno, delicado, convaleciente de una enfermedad traída de los trópicos. Ha pasado casi toda su vida en Filipinas, donde ha sido hasta Vicario General de una diócesis. Y está también, bajito, seco, delgado, curtido en el trabajo, el Hermano coadjutor de la Orden, Felipe Iriondo, vasco, templado y valiente.

Están reunidos estos cuatro jesuitas y, como es lógico, están muy preocupados. ¿Cómo devolver a sus casas a aquellos niños? Y luego, ¿qué va a ser de aquella casa? ¿Y de toda su labor, acumulada en años de trabajos intensísimos, y tal vez perdida en unas horas de desbordamiento revolucionario?

Pero no pueden reflexionar mucho tiempo. Violentamente se ha abierto la puerta del recinto y han entrado en la estancia ocho tipos patibularios de la F. A. I.

Encaran sus fusiles. El Padre Murall, que es el único que viste sotana—los otros tres jesuitas van con traje de seglar—pregunta sencillamente:

—¿Qué se les ofrece?

—¿Tenéis armas?

—No.

Es un momento de una emoción intensísima. Un hombre, de unos cincuenta años, tosco, sucio, que parece el jefe, le dice al Padre Murall:

—Vete de aquí ahora mismo, o te mato...

El Padre Murall, digno, con calma, sale de la habitación.

Otro de los asaltantes le increpa:

—Quítate la sotana, porque si no te matamos aquí mismo...

Desde luego, todos tienen, por lo visto, un interés especial en matarle.

Ya están los cuatro jesuitas fuera de su casa. El sol, avanzada ya la mañana, cae a plomo. Hay un breve diálogo en un patio pequeño. Dice el Padre Romá, ante el fusilamiento inevitable:

—¿Quieren ustedes que nos pongamos cara al sol?

—No; mejor a la sombra...

Y el jefe de la banda coloca unos bancos en los que hace sentar a los jesuitas.

Pero duda, reflexiona unos momentos. Sin duda quiere hacer las cosas bien...

—No... Es mejor que me sigáis...

El Padre Murall, digno siempre, dice refiriéndose al Padre Cots:

—Conforme. Pero este señor no es de la casa... Estaba aquí de visita... Sentiría que le pasara algo malo.

El jefecillo no contesta. Pero su rostro, de inusitada crueldad, refleja una mueca de desprecio y de rabia.

Sacerdote al fin, aunque no fuera de la casa de Ejercicios, no tenía perdón...

En la carretera esperan dos autos pequeños. En el primero van los tres Padres jesuitas. En el segundo, el Hermano Iriondo. La orden, seca, autoritaria, no ofrece lugar a dudas:

—Vamos al Sindicato de la calle Salmerón.

Una carrera rápida, veloz, peligrosísima. Y a los pocos minutos una parada en la calle Salmerón.

Suben a deliberar lo que han de hacer. Discuten, seguramente, sobre la condena, durante más de un cuarto de hora. En este tiempo los prisioneros, abajo en los autos, escuchan de la plebe que les rodea todas las procacidades, todas las blasfemias, todos los insultos. Lo más bajo, lo más ruín, lo más soez. Unas amenazas escalofrantes y horribles. Los jesuitas ven su muerte ya segura. Y entonces, los tres Padres, en su auto, rodeados de la muchedumbre borracha de odio acumulado en siglos de literatura herética y de demagogia infernal, los jesuitas, sencillos y tranquilos, se confiesan uno al otro. Este acto, de una magnificencia emocionante, enardece aún más la ira del gentío, del que surge unánime la sentencia:

—Os mataremos a todos porque sois curas y no ha de quedar ni uno.

En aquel momento un individuo, vestido de militar, pero sin americana, con un máuser en la mano, sube al coche y dice:

—A la Rabasada...

El conductor del primer coche—en el que iban los tres Padres—obedeció pesaroso. Su rostro reflejaba un gran disgusto. Diríase que iba más despacio como si no quisiera llegar nunca al lugar del sacrificio.

Pararon en la parte alta que mira a la ermita llamada de San Genís. Ha llegado el momento culminan-

te. Una orden para que los tres sacerdotes descendan del auto. Y luego, la sentencia:

—Subid hacia la montaña y no volváis la cabeza atrás...

El Padre Murall, que ha ofrecido con sus compañeros el sacrificio de sus vidas, dice con temple heroico, con voz firme, con serenidad de mártir:

—¡Muero por Jesucristo! No tengo remordimiento alguno. Y a vosotros todos os perdono de todo corazón.

Los otros dos sacerdotes, o sea el Padre Cots y el Padre Romá, pronuncian con igual entereza parecidas palabras.

Y avanzan...

Pero allá, en el otro auto, queda el Hermano Iriondo, un poco asustado. Su valor seco de buen vasco, se rebela ante la idea de irse al otro mundo sin la absolucíon. Y levantando el brazo, avanza, pálido, descompuesto, gritando:

—¡Eh! ¡Eh! ¡Absolucíon! ¡Absolucíon!

El Padre Romá se ha detenido en el camino de la muerte. Lento y solemne alza su mano ungida en una bendicíon suprema:

—*Ego te absolvo a peccatis tuis, in nomine Patris, et Filii et Spiritus Sancti.*

Y los cuatro jesuítas, preparados ya para el viaje supremo, emprenden su ruta.

Han avanzado unos pasos y ha sonado una voz dura:

—¡Alto!

Y acto seguido una descarga cerrada. Los cuatro cuerpos han caído pesadamente confundidos. El Padre Murall respira aún. Lo notan los asesinos.

—Ese, todavía respira.

—Si tiene el cerebro fuera. ¿Cómo va a respirar?

—Pues yo le daría el tiro de gracia.

—No malgastes balas, hombre...

Y los asesinos se alejan.

El Padre Murall, en efecto, respira aún. Una bala le ha herido superficialmente en la cabeza y de rebote se le ha clavado en la mano, con la cual, instintivamente, intentaba parar el golpe. Un río de sangre le brota de las dos heridas. Pero, no obstante, su cabeza rige, su ánimo es fuerte, su seguridad de vivir absoluta.

Y el Padre Murall, con las debidas precauciones, se levanta. Comprueba, quizá con un poco de envidia, la muerte de sus tres hermanos en religión y en martirio. Y se aleja del lugar glorioso.

Le cuesta bajar por la montaña. Pero llega, al fin, al llano y entra en una casita de campo:

—Soy un herido...

—¿Eres fascista?

—Soy un sacerdote...

—Ven...

Y aquella buena gente le cura.

Pero aún no ha acabado la odisea del Padre Murall. Y un grupo de la F. A. I. entra de nuevo para hacer un registro en la casa...

—¿Quién es este herido?

—Un sacerdote.

—Pues tendremos que acabar de matarlo...

Por fortuna, surge la discusión. ¿Es lícito matar un herido?

Y le perdonan.

Y el Padre José María Murall puede llegar a una clínica. Allí está un mes curándose de sus heridas, y ante el riesgo eminente de ser descubierto de un momento a otro. Luego, otros días de zozobra, de inquietudes, peregrinando de casa en casa. La vida de todos los amenazados de muerte.

Hasta que un amanecer bendito le sorprende en alta mar rumbo a tierra extranjera, acogedora.

* * *

Este caso estupendo es absolutamente cierto. Me lo ha contado en la acogedora Italia, en el pintoresco San Remo, el propio Padre Murall, convaleciente aún de sus heridas. Yo he tenido siempre una gran amistad con el Padre Murall, y su relato, que he procurado reflejar con la mayor exactitud, me ha conmovido profundamente. Cuando le he leído mis notas y mis apuntes, el Padre Murall me ha dicho:

—Certifico que son mártires mis tres gloriosos compañeros. Yo estoy firmemente convencido que Dios me ha guardado la vida para que así pueda testimoniarlo. Si. Cuando yo vi que salía con vida de un trance tan terrible, pensé que Dios me la reservaba para poder dar fe de aquel martirio. Yo certifico que son mártires...

Y en la mirada limpia, en la mirada encendida y exaltada del Padre Murall, yo leo la verdad, esa verdad dulce y alegre para esos tres benditos jesuitas que, desde el Cielo, al implorar por sus amigos y por sus enemigos, imploran también por la salvación total, definitiva, de nuestra amada España...

6.—¡AL CIELO SE VA EN COCHE!

Yo no he conocido nunca un curita más alegre y más simpático. Era joven, vivo como una ardilla, ocurente y gracioso. Y era también un místico, un santo. Sólo que no lo exteriorizaba. Antes todo lo contrario. Había que conocerle muy a fondo para descubrir su acrisolada virtud.

Tenía teorías muy peregrinas. Recuerdo que solía decir:

—Ama a Cristo de verdad ¡y haz lo que quieras!

¡Cuánta filosofía! En ella resumió toda su admirable vida interior.

Porque el curita a que me refiero huía siempre de esos centros comunes de austeridad y de recogimiento y criticaba con agudeza a esas buenas monjitas que tienen tantos escrúpulos y se confiesan tres veces al día. Exageraba la nota con su sátira aguda y sangrienta.

Y me decía:

—Donde menos se figura la gente, hay un santo. Los santos de hoy día son gente que van en auto y que tienen dinero, y que lo lucen. Dentro de poco en los altares veremos a señores con levita y con sombrero de copa.

Y el buen curita reía y se hacía fuerte en su teoría extraña.

Una vez me contó una curiosa anécdota:

—Iba San Felipe Neri, tan humilde, tan austero, por un camino... De pronto vió venir una carroza lujosísima. En la carroza, con sus sedas, con sus púrpuras, con sus joyas, un Cardenal... San Carlos Borromeo.

San Felipe Neri, un poco escandalizado de tanto lujo, no pudo contenerse. Y venciendo su timidez, exclamó, increpando al Cardenal:

—¡Al cielo no se va en coche!...

San Carlos Borromeo hizo parar la carroza. Y preguntó:

—¿Por qué?

—Porque su ilustrísima va demasiado cómodo y es preciso sacrificarse...

San Carlos Borromeo sonrió con dulzura y dijo:

—Pues es lo que hago... Mira...

Se levantó del asiento. Y San Felipe Neri vió asombrado que del almohadón de seda, de encaje y de plumas salían unas púas de acero, que se clavaban en el buen Cardenal martirizándole...

Y cuando el curita alegre acababa de narrar su historia, reía más que nunca y se hacía fuerte en su teoría extraña y decía:

—Nunca hay que juzgar por los signos exteriores. No hay que fiarse. Yo también estoy seguro de que me iré al Cielo en coche...

Y ésta era su muletilla...

¡Qué bueno era el curita alegre! La última vez que le vi fué en Barcelona. En plena revolución roja. Estaba yo en un cuartelillo de la F. A. I., al que iban a inscribirse nuevos adeptos, ansiosos de poseer armas para sus crímenes. De pronto, paró un automóvil lujosísimo. Era un coche requisado de la mejor marca, nuevo, flamante, fantástico. Del fondo del mullido asiento, entre un erizo de fusiles, vi sonriente, contento, felicísimo, al curita alegre.

Me miró y me dijo alborozado:

—¿Ves? Me voy al Cielo en coche...

No pude contestarle. Oí una voz siniestra que ordenaba:

—Al Hotel Florida.

Y el lujosísimo automóvil desapareció raudo, como una centella.

Yo pregunté:

—¿Qué pasa en el Hotel Florida?

Y me contestaron:

—Ahí se ejecutan las sentencias...

Y entonces deduje que en el Hotel Florida darían martirio al curita alegre.

Y comprendí sus palabras últimas, su chiste postremo:

—¿Ves? Me voy al Cielo en coche...

No dudé... Y en el acto me encomendé al curita alegre para que cuando llegara al Cielo, descendiendo de su magnífico coche, encontrara ya allí, esperándole, mis oraciones...





LA FOBIA ANTIMILITARISTA

¿Quién les iba a decir a aquellos clásicos y un poco vacíos oradores catalanistas, tan de orden, el resultado de sus doctrinas y la secuela de su bilis? Predicaban, en primer término, la exaltación suprema de una bandera con detrimento de otra, la nacional, la única, la española, la roja y gualda. Luego buscaron, por todos los medios, valiéndose de todos los trucos, el desprestigio de las instituciones militares. La bota del militar, el ruido de quincallería, los bigotes de un general, fueron símbolos más o menos desafortunados de una fobia antimilitarista, entonces un poco inocente, pero avivada por las logias masónicas, en las que se incubó el catalanismo de Almirall. Pordioseaban el favor del pueblo. Al salir de sus fábricas, o de sus despachos, necesitaban un aplauso menos prosaico que las cuentas corrientes. Jugaron muchos años con fuego y, naturalmente, vino un momento en que se quemaron. Si, en Barcelona, donde cuando yo era niño recuerdo con emoción aquellas fiestas militares de la jura de la bandera, en Barcelona se había fomentado en estos últimos años el odio a todo lo militar. Discursos de Vallés y Pujals, latiguillos de Puig y Cadafalch, versos de Carner, juegos antimilitaristas de Llongueras...

Y sin embargo... Cuando, rotos ya todos los diques

que contenían la revolución en marcha, quisieron algunos catalanistas, y en especial los señores Ventosa y Valls y Taberner, beber el remedio de la fuente pura, ya era tarde. El pueblo, envenenado por doctrinas que nunca pudo digerir, se lanzó, lleno de odio, a aniquilar a los militares.

¡Los militares! Nunca fueron más dignos de encomio y de gratitud. Los militares, de un modo especial los oficiales de guarnición en Barcelona, se sacrificaron heroicamente, noblemente, desinteresadamente, por la Causa. En primer término, todos, sin excepción, se hicieron responsables del levantamiento, salvando así la vida de sus soldados, identificados en su mayoría con ellos, y la de muchas personas civiles.

Las víctimas entre militares son muchas y de gran valía.

En primer término, la figura ápice del malogrado General Goded, que fué a la muerte admirablemente sereno, diciendo arrogante y sublime, mientras fumaba despectivamente:

—Podéis matarme... Pero la Causa vivirá y triunfará...

Otros Generales cayeron también... El General Buriel, el General Gay, el General Legaruguro, y aquel bueno, aquel santo, aquel bravo General Miquel.

Coroneles han caído también muchos. Entre otros, Lacasa, Llanas, Dufoo.

Entre jefes y oficiales se calcula unas doscientas víctimas, muertas algunas en combate, mas por regla general asesinadas. Los fusilamientos pueden también calificarse de asesinatos. Pruebas hay en las páginas que siguen.

Desaparecidos los militares dignos, el Ejército está descompuesto totalmente en Cataluña. Se ha fomentado la indisciplina creando Comités de obreros y de

soldados en la Guardia Civil y en los Carabineros. En las pequeñas unidades que quedan de Ejército regular, los jefes han de obedecer a comisarios políticos. Además, los antecedentes masónicos han sido suficientes para desequilibrar la balanza de la justicia. Un ejército así no es tal ejército.

De la fobia antimilitar da idea el hecho monstruoso de pasar por las armas a aquellos que hubiesen formado parte de un tribunal militar, actuando de fiscal o de juez. Un caso típico: el de Fernández Valdés, juez en los famosos sucesos de Garraf.

¡Pobre Cataluña! Políticos petulantes o egoístas, saturados de catalanismo, llevaron al pueblo a un odio contra todo lo militar, y el pueblo, desbordado, se suicidó asesinando alevosamente a quienes honradamente intentaron conservarle la vida.

1.—¡NO ES PRECISO EL TIRO DE GRACIA!

En Barcelona era del dominio público. Con saña primero, con rencor después, con admiración por último fueron dándose los detalles. Y al fin surgió la reconstrucción fiel, verídica, emocionante, de la muerte heroica de estos cuatro caballeros españoles: Comandante López Amor; Capitán López Varela; Capitán López Belda; Capitán Lizcano de la Rosa.

El Capitán López Varela tiene una herida de bala en la vejiga. No puede tenerse en pie. Y en camilla asiste a todos los juicios, responde a todas las preguntas, acepta estoicamente la sentencia.

El Capitán López Varela, con su Comandante y los otros dos capitanes, ha sido condenado a muerte.

Es en los fosos de Montjuich. Los clásicos fosos de la leyenda negra, que durante cerca de un siglo han

sido piedra de toque de todas las difamaciones, de todas las calumnias y que al fin encarnan una realidad de tragedia, de horror y de espanto.

Allí va a fusilarse a un enfermo. Ya avanza, un poco pálido, retorciéndose por el dolor de la herida. Allí, en su camilla, póstrado, enfebreado, el Capitán López Varela sonríe dulcemente. Y le dice a su defensor:

—Lieme usted un pitillo...

Y el bravo Capitán fuma, fuma siempre y contempla las espirales de humo, que vuelan limpias, suaves, hacia el infinito, como volará su alma grande, de patriota, de héroe.

Ya llegan a los fosos. Ya van a fusilar a los cuatro. Pero surge una gran dificultad. A pesar de quererlo, a pesar de intentarlo, López Varela no puede tenerse en pie. Su herida es aún más fuerte que su voluntad. Y entonces...

¡Ah! ¡Todo tiene remedio! Y López Varela es atado, brutalmente, a una silla. Enfrente de la silla se coloca el pelotón. Y detrás del pelotón un gran número de milicianos y de pueblo que goza de presenciar la ejecución.

Ya están los cuatro héroes abrazados. A la derecha del herido, el Comandante López Amor. Y a su lado, los otros dos Capitanes.

Es un momento solemne, de una emoción única. Se va a ajusticiar a unos hombres, uno de los cuales, inerme, herido, está atado a una silla.

No; no se trata de un asesinato bárbaro, brutal, hecho por inconscientes, por irresponsables, por analfabetos. No. Se trata de dar cumplimiento a una sentencia, dentro de la ley, de la legalidad. Los eternos detractores de la pena de muerte tenían que ser los que la pusieran en práctica con un herido nada menos.

No; no puede tolerarse, sin una protesta, tanto cinismo, tanta osadía, tanta desvergüenza. No puede consentirse tamaña violación de los sentimientos humanitarios. Y el genio vivo, arrogante, de Lizcano de la Rosa se revela magnífico, y con una voz recia, maciza, domina todo y grita:

—¡Canallas! ¡Cobardes! ¡Asesinos! ¡Tirad ya! ¡Viva España!

López Belda levanta su brazo:

—¡Arriba España!

Lizcano de la Rosa insiste...

—Viv...

Pero no ha podido acabar el viva. Ha sonado una descarga. La muchedumbre que presencia la ejecución se ha adelantado. Y han sonado, a un tiempo, más de cien disparos. No ha sido una descarga sola. Han disparado todos los que presenciaban el fusilamiento y tienen armas. El brazo de Lizcano de la Rosa, en alto, herido, arrancado de cuajo y desprendido del tronco, ha caído antes que el cuerpo. Durante cinco minutos no se ha podido contener los disparos. El pelotón, los milicianos, el pueblo, dispara sus armas una y otra vez sobre los cuerpos inanimados. Jamás pudo concebirse tanto odio, tanto ensañamiento. A golpes de silbato, a gritos estentóreos, se pudo dominar aquel desorden. Y cuando todo se ha calmado, el encargado de dar el tiro de gracia se acerca a los caídos para rematarlos. Suena una voz seca:

—¡Alto! ¡No es preciso el tiro de gracia!

En efecto; no era necesario. Cada cadáver tenía más de cien balazos mortales de necesidad.

Para España, jornada de gloria. Para la revolución roja, el día más bochornoso y más triste. ¡En los pueblos más salvajes, lo único que se respeta y que se admira es el valor! Aquí, ¡ni eso!

2.—UN CORONEL LEE SU SENTENCIA

Barcelona lleva cerca de dos meses bajo las garras de la dictadura roja. No. No puede argüirse que Barcelona está bajo los fueros de guerra, porque en Barcelona no ha imperado nunca el poder militar, y ha mandado desde el primer momento el despotismo civil, encarnado en la impotencia de los muñecos de la Generalidad. No ha sido ni una lucha noble, ni una resistencia ordenada, ni una represalia justa. Todo se ha reducido al asesinato bárbaro y al robo descarado, a la confiscación absurda, a la prisión arbitraria.

Barcelona ha vivido y vive todavía, sencillamente, bajo el poder de Rusia. Es una ciudad roja. Ni más ni menos.

¿Dónde quedan los tan cacareados derechos del hombre? ¿Dónde está la abolición de la pena de muerte? ¿Dónde la supresión de la previa censura? Todos los tópicos clásicos pueden aplicarse a esos inconscientes y fracasados hombres que iban a establecer la equidad, la justicia y la paz social. Ahí está el ejemplo. La guerra es la misma. Y mientras en Burgos y en Sevilla la normalidad es, en verdad, absoluta, en Madrid y en Barcelona no se puede dominar a las masas desbordadas y cunde la indisciplina, la desmoralización, el escándalo y el caos.

Ya los asesinatos, organizados con perfección digna de mejor causa, no son suficientes. El terror debe gozar de la protección oficial. Es preciso crear el Tribunal popular para que estos asesinatos revistan mayor aparato y sean, digámoslo así, más elegantes.

Y hemos llegado al punto culminante de este verídico relato. Por el pomposo Tribunal popular ha sido condenado a muerte un Coronel del Ejército español.

Y como ahora todo va en orden, es preciso comunicarle la sentencia.

No se sabe si, porque en el famoso Tribunal nadie sabía leer, o porque no disponían de la persona que diera solemnidad al acto, es lo cierto que hubo que nombrar un *notificador de oficio*. Y este nombramiento, resuelto al azar, recae en un abogado tímido, bondadoso, bueno. Como la invitación se le hace en términos muy amables—un fusil, todavía humeante por haber sido recientemente disparado, en el pecho—, el abogado, muy joven, un muchacho, no se atreve a negarse. Cuestión de delicadeza.

Hay un silencio denso, espeso. El Coronel espera tranquilo la notificación de la pena de muerte. El muchacho tiembla. Vacila. Lloro. Sus manos, pálidas, yertas, no tienen fuerza para sostener el papel tenue. Entonces...

El Coronel del Ejército español avanza unos pasos. Un momento brilla un relámpago en sus ojos, grandes y negros. Arranca de manos del aterrado abogado el papel. Y con voz varonil, gruesa, fuerte, sin claudicaciones, arguye:

—¡No sea usted pusilánime, criatura! Si se trata de notificarme la sentencia de muerte, la leeré yo mismo.

Digno, sereno, valiente, sublime, el Coronel lee la notificación que proclama su condena a sufrir la pena capital. ¡A perder la vida!

No importa... Él la lee... Él sabe olvidar que en aquella hora una mujer santa y unos hijos valientes lloran desesperados la pérdida inmediata... El Coronel del Ejército español sabe que por encima de la familia está la Patria, que es la familia de todos y la suya también.

La voz del Coronel no ha temblado un momento...

3.—EN EL ASCENSOR

La tragedia de Barcelona tiene sus responsables. La Historia, con su juicio sereno, documentado, irrefutable, los sacará en su día a la luz pública para vergüenza y escarnio de esas figuras siniestras, pequeñas, oscuras, grotescas... Llano de la Encomienda, Aranguren, Sándino, Bayo...

Pero la Historia—sobre todo la Historia moderna—, para formarse, necesita beber en fuentes auténticas. Yo quiero contribuir, con mi gota de agua, a ese caudal abundantísimo de hechos ciertos, positivos y fácilmente comprobables, que tanto han de contribuir al esclarecimiento de la verdad. Verdad, para algunos amarga y bochornosa, pero verdad al fin.

El General Llano de la Encomienda, con Aranguren, son los principales responsables del caos de Barcelona. Llano de la Encomienda se negó, desde un principio, con lealtad digna de mejor causa, a prestar su apoyo al Movimiento nacional salvador de España. Hasta aquí, tal vez no habría nada que objetar. Si su pobreza de espíritu, si su cortedad de criterio, si sus escrúpulos absurdos le vedaban formar parte de un levantamiento patriótico, podía rehusar todo diálogo sobre él. Pero de esto a pasarse al otro bando con armas y bagajes, hay un abismo. Y Llano de la Encomienda estaba ya al otro lado. Y en una reunión aseguró—así me lo afirma un caballero—que su ideal era morir envuelto en la bandera comunista. Y en otras se ofreció para ponerse al frente de las turbas de Companys armándolas y disciplinándolas. Y ésta era ya la desertión. Un crimen de lesa Patria. Era pasarse de España a Rusia en traición alevosa y criminal.

Con todo... Llano de la Encomienda, como militar,

se le suponía el valor. Pero eso, por lo visto, era sólo una suposición. Y cobarde, cuando llegó el momento, apenas si pudo nadar entre dos aguas. Y al entrar Goded en Capitanía, Llano de la Encomienda no le dió la batalla. Y se retiró a su pabellón.

En el pabellón le sorprendieron los sucesos y allí las fuerzas de Companys le retuvieron prisionero, durante unos días. Luego, Llano de la Encomienda aclaró su situación y quedó en libertad.

Sus declaraciones, poco caballerosas, contribuyeron al fusilamiento de los Generales Goded y Buriel, y al del Comandante López Amor, y al de los Capitanes López Belda, López Varela y Lizcano de la Rosa.

La figura de Llano de la Encomienda empezó a ser criticada por todos. Hasta que un día, perdido ya el respeto, *Solidaridad Obrera*, el órgano oficial de la F. A. I., levantó el dedo en un «Yo acuso» fulminante y afirmó que, aunque siempre al lado de la revolución, el General Llano de la Encomienda había estado negligente en el cumplimiento de su deber...

* * *

Así las cosas, el General Llano de la Encomienda, residente aún en su pabellón de Capitanía, llegó una tarde de mediados de agosto a tomar el ascensor que le había de dejar en sus habitaciones particulares. Como de costumbre, un miliciano guardaba la puerta del ascensor...

—¡Alto! ¿Dónde vas tú?

El General Llano de la Encomienda se detuvo sorprendido. Su ayudante se apresuró a aclarar:

—Camarada, ¡que es el General Llano de la Encomienda!

El camarada, el fusil a la cara, sonrió con sarcasmo. Y exclamó:

—¡Qué General ni qué narices! ¡Aquí todos somos iguales! Camarada, sube por la escalera como ha subido siempre tu asistente...

Y el pobre General, un poco pálido y muy dolorido, subió vacilante las escaleras y tal vez al llegar a su cuarto rompió a llorar con menos dignidad que el Rey moro.

Al día siguiente, el camarada Llano de la Encomienda salió de Capitanía y alquiló un pisito modesto en un barrio alejado de la ciudad.

¡Pobre hombre! ¡Y pensar que pudo morir con la altivez o con la generosidad de un Goded, o triunfar con la simpatía y la audacia de un Queipo!

Mientras que ahora...

Ese es, quizás, su mayor castigo...

4.—CORRESPONDENCIA LEAL

Es el 6 de octubre. Los rebeldes de la Generalidad están cogidos, están copados. Dencás, el cabecilla, se ha ido tranquilamente por una cloaca. Si la sangre de unos héroes, de unos mártires y de unos desdichados no regara las calles de Barcelona, aquella fecha sería cuanto más una fecha cómica.

Pero a traición, de una forma inaudita, por un procedimiento cobarde, han caído un puñado de militares honrados, fieles cumplidores de su deber. Y los oficiales y los soldados, poseídos de una ira justa, sedientos de una venganza legítima, quieren entrar a saco en la Generalidad, quieren morir, si ello es preciso, para poder matar.

Y surge una figura simpática, una figura simbólica, una figura noble, una figura legendaria: la del Co-

mandante Fernández Unzúe, artillero del primero de Montaña.

Fernández Unzúe, con la autoridad máxima que da un prestigio cumbre, logra contener a sus hombres.

—¡Alto, alto, que nadie dispare!... Se rinden y nosotros no somos asesinos...

Y Fernández Unzúe, solo, arrogante, sube las escaleras de la Generalidad. Y llega delante de Companys, el rebelde.

Es un momento de una grande emoción. Un capitán, perdido el dominio de sí mismo, avanza con una pistola, dispuesto a hacer fuego. Con serenidad estu-
penda, Fernández Unzúe evita el disparo.

—No teman... Para evitarles la violencia de un cacheco, ruego que dejen sus armas sobre la mesa y que se entreguen lealmente a las fuerzas de mi mando.

No hubo víctimas en la Generalidad. Porque antes que un indulto generoso salvara la vida a Companys, se la había salvado el Comandante Fernández Unzúe.

Companys debía estar, cuando menos, muy agradecido.

* * *

Reverso de la medalla. Han pasado unos años. Mes de agosto. El Comandante Fernández Unzúe, modelo de caballeros, está preso en el *Uruguay*. Pesa sobre su cabeza la sentencia de muerte.

Companys tenía el momento propicio para devolver su deuda. Deuda de gratitud.

No obstante... ¡Ni un gesto! ¡Ni una súplica! ¡Ni un ruego! ¡Fernández Unzúe salvó la vida a Companys, pero Companys no salvó la vida a Fernández Unzúe!

Es el reverso de la medalla. No existe la correspondencia leal.

Companys, cobardè, calla...

Y sin que una voz, ni de Companys ni de nadie, se levante en favor de quien salvó la vida de todos, Fernández Unzúe, conducido al Campo de la Bota, es pasado por las armas.

Cuando los fusiles encararon la silueta simpática y épica del heroico Comandante Fernández Unzúe, su boca se quebró en una mueca de supremo desprecio.

Y el eco de los disparos se debió clavar como una saeta en el corazón de Companys.

He dicho que se debió clavar. ¡Pero no se clavó!

Porque Companys no tiene corazón...

5.—¡ESTÁ OCUPADO, SEÑOR!

El caos en Barcelona ha llegado a un extremo que las balas han tomado carta de naturaleza entre nosotros. Vemos pasar una bala y nos apresuramos a detenerla en su camino, la saludamos cordialmente y la deseamos buen viaje.

Como en la Guerra Europea, han surgido coleccionistas de balas, y se cuentan historias fantásticas.

—Esta bala ha atravesado el pecho de Lizcano de la Rosa. Yo mismo la he recogido.

—Pues la mía también.

—Y también la mía.

Y hay cincuenta milicianos que sostienen que la bala que tienen en su poder, de recuerdo, es la que ha cortado la vida al heroico Capitán Lizcano.

Y lo curioso, lo inverosímil, lo trágico, lo espeluznante, es que todos tienen razón.

Porque al bravo Lizcano de la Rosa le tiraron bastante más de cincuenta disparos.

¡Como a tantos otros!

En Barcelona se oye un disparo y es algo así como

si se oye cantar a Hipólito Lázaro en una función a beneficio de las milicias.

Resulta desagradable, pero no hay más remedio que soportarlo.

Así las cosas, el General Llano de la Encomienda, acompañado de todo el protocolo oficial—escribientes, testigos, abogados, etc., etc....—regresaban del *Uruguay* de prestar declaración en uno de los juicios sumarísimos.

Era de noche... y sin embargo llovía.

Llovían balas como garbanzos.

Pero, claro, la costumbre... Los abogadillos tímidos, los testigos asustadizos, los milicianos cobardones, no daban a las balas demasiada importancia. La costumbre, señor...

De pronto, una bala ¡zás! se clava en la nariz de un sargento de Asalto.

El hombre no dijo Jesús porque era laico.

¡Y porque no tuvo tiempo!

Una cosa es la amistad con las balas y otra gozar de su intimidad.

¡Caballeros! ¡La que se armó!

Los abogadillos, los testigos, los milicianos, se apresuraron a tirarse al fondo de la barca, para evitar una catástrofe irremediable.

Un testigo, un digno y algo obeso ciudadano, que tenía unas ganas locas de vivir, se lanzó contra el suelo de la barca e intentó meterse debajo del asiento. Pero sólo lo intentó. No pudo lograrlo. Y no pudo lograrlo porque alguien le había precedido. Y allá adentro, en el fondo de la barquita, sonó asustada, vacilante, una voz:

—Está ocupado, señor...

Esta voz era del General Llano de la Encomienda que se había puesto, el primero, a salvo.

6.—EL COMANDANTE ALBERT

El *Tebere* entraba, lento, majestuoso, solemne, en el puerto de Génova. El *Tebere* era un buque hospital cedido por el Gobierno de Italia para que sanásemos en él heridas del alma. Nuestra alma, mordida por la injuria, por el dolor y por la ingratitud. Y nosotros, españoles, catalanes, barceloneses, nos acogíamos a la providencia de aquel buque salvador huyendo del caos de nuestra ciudad. De Barcelona, que no respondía a nuestros afectos, ni a nuestros sacrificios, y de la que nos íbamos porque nos maltrataba, porque nos perseguía, porque nos odiaba...

Era la hora del crepúsculo; los rayos últimos y débiles de un sol de verano, se hundían lentos en la calma acogedora y dulce del puerto.

Recuerdo que al asomar mi rostro por encima de la borda para contemplar curioso la alegre policromía de la estación marítima, lo primero que vi, allá en el fondo, en el cuadrado gris del asfalto, fué la figura esbelta, la silueta elegante, la sonrisa inconfundible del Comandante de Artillería Manuel Albert Despujol. El Comandante Albert, con su cara eternamente jovial. Con sus ojos grandes y claros. Con su perfil proporcionado y perfecto. Con su tez tersa suavemente coloreada. Y toda aquella simpatía sencilla y clara y comunicativa, que era la gala más sugestiva de su carácter sociable, apacible y entero.

¡El Comandante Albert! Recuerdo que llevaba, aquella tarde de primeros de agosto, un jersey verde muy ajustado. Y en el jersey, sobre su pecho, recogiendo los latidos de su corazón generoso y patriota, una bandera: ¡la bandera española, la única, la verdadera, la roja y gualda!

¡Hacía tanto tiempo que no la veía tan firme, tan orgullosa, tan sublime...! En el pecho del bizarro militar estaba como en un templo, como en un relicario, como en una custodia.

Y al descender del puerto y abrazar estrechamente al Comandante Albert y a su bandera, me pareció que abrazaba—y así era, en efecto—a la España que yo creyera ya definitivamente perdida, y de la que huía derrotado, vencido, humillado...

Y fué entonces cuando le pregunté con ansias de saber, con esperanza de vivir:

—¿Se salvará España?

Y recuerdo que, con una emoción cuyo alcance mido ahora solamente, me contestó:

—Sí, se salvará... Pero es menester que vayamos todos... Porque sin nuestro concurso, sin el concurso de todos, España no podrá salvarse nunca...

* * *

Otra tarde en Génova, mientras esperábamos la ocasión y el momento propicios para incorporarnos todos a la lucha, yo recogí la odisea del Comandante Albert en Barcelona. El Comandante de Artillería Manuel Albert era una figura destacada, se había distinguido siempre por su entusiasmo, por su apasionamiento, por su fervor por la causa monárquica. Comandante retirado, él, desde la oscuridad de un hogar burgués, alerta siempre, esperaba, trabajando en obras benéficas, en obras sociales, en obras patrióticas. Su gran sociabilidad, su simpatía, con la que muy pocos podían rivalizar, le franqueaban todas las puertas, le abrían todos los caminos. Hacía mucho bien. Y esto era ya, de por sí, un grande, gravísimo pecado en tiempos de revolución.

Fué el 25 de julio de 1936. En la Gran Vía Dia-

gonal. En Barcelona. De un camión, ágiles como monos, saltaron unos energúmenos. Sus ojos de cazadores de presas humanas, reconocieron al Comandante Albert que, tranquilo, como el que no teme a nadie ni se tiene que arrepentir de nada, se dirigía a su casa. Le detuvieron, apuntándolo con sus fusiles a quemarropa:

—Tú eres el Comandante Albert.

—Sí.

—Enséñanos tu casa...

El Comandante Albert, sin inmutarse, obedeció con una gran dignidad. En su casa estaba su esposa, Gloria Oriola Cortada, y con ésta la duquesa de Solferino, hermana del Comandante.

Fueron unos momentos de intenso dramatismo. Ni el dolor, ni la ternura, ni la angustia, ni el sufrimiento de una esposa dignísima, ni la arrogancia magnífica, ni los ojos bellísimos, agrandados por el espanto de la bella duquesa, pudieron conmover a aquellas fieras, ni tocar los resortes de una caballería, cuando menos superficial. No. Los fusiles, rozando los cuerpos de las víctimas y el desdén reflejado en todos los actos. ¡Con qué rabia tiraban al suelo y pisoteaban las cruces y condecoraciones ganadas honrosamente por el Comandante! ¡Con qué saña destrozaban los retratos!

Lo registraron todo. Lo destrozaron todo. Atentos siempre a las luces—en algunas casas las habían apagado de pronto—, iban con un poco de prisa. De pronto, encontraron algo de lo que buscaban. En el despacho hallaron una tarjeta de Mussolini y una carta de la Infanta Beatriz agradeciendo al Comandante Albert un regalo de bodas que éste le hizo en nombre propio y de otros artilleros.

Para qué más; ya estaba justificado todo, hasta la muerte.

Uno de los asaltantes, con la mirada extraviada en una bizquera horrible, preguntó:

—¿Dónde lo llevamos?

Y otro, con una melena repugnante, replicó rápido:

—A la P. O. U. M.

Y remachó el bizco:

—Muy bien. ¡Hoy sí que nos llevamos un pez gordo!

Y lo bajaron dejando en la casa, atenazadas por el dolor, a una esposa y a una hermana...

En la escalera subía un vecino, y al ver al Comandante Albert, fué a saludarle.

El bizco, que ponía el comentario cruel en todas sus palabras, exclamó:

—Sí. Sí. Despidete. ¡Que ya no lo verás más!

Era la coetilla con que aquella hiena rubricaba todos sus crímenes y que habían adoptado todos sus secuaces.

Trasladaron al Comandante Albert al Hotel Colón, centro de los comunistas catalanes; mejor, del comunismo internacional. Allí—extraña galantería o refinada perversidad—le permitieron telefonar a los suyos.

Al día siguiente le sometieron a un extenso interrogatorio. El que le preguntaba, iba vestido con gran elegancia y sobre la corbata roja tenía un alfiler pequeño de oro, representando la hoz y el martillo.

—Tú ¿qué ideas tienes?

Y el Comandante Albert, con voz firme, con valor seco, con acento guerrero, contestó:

—Yo soy católico, español y monárquico.

Esta respuesta desconcertó un poco al severo fiscal, quien, sin meterse en nuevos dibujos, le preguntó por varias personas significadas de Barcelona. El Co-

mandante Albert, sistemáticamente, hacía un gran elogio de todos ellos...

—Pero tú encuentras a todos buenos y santos...

—Naturalmente... Como que todos son amigos míos... Y yo elijo mis amistades entre personas buenas y santas...

Viendo que no podían hacer carrera de él, le encerraron en el sótano, en el local donde el Hotel Colón tenía instalada su famosa Bodega Andaluza, lugar frívolo, lugar alegre que ahora era cárcel y tumba y tragedia.

Allí, toda la noche, sentado en una silla, el Comandante Albert esperaba su hora. A su lado, un muchacho y un viejo esperaban también, frenéticos y desesperados. Eran sobrino y tío. El más joven, no pudiéndose contener, se intentó fugar. Sólo lo intentó. Un tiro rápido le dejó muerto en el sitio. Su tío, al comprobar aquel espanto, se volvió loco. Y el Comandante Albert pasó la noche sentado en una silla teniendo a sus pies el silencio y la inmovilidad de un muerto y a su lado la agitación y los rugidos de un loco.

Pero grande era el temple del Comandante Albert, y no claudicó con el derrumbamiento de su valor.

Y al día siguiente ocurrió un hecho providencial. Acertó a pasar por allí un judío alemán. Un hombre que parecía mandar mucho y al que respetaban todos. Este alemán tenía tres hijos. Hacía un año que el Comandante Albert, con dos compañeros más, en una de sus obras sociales del barrio de Sans, se preocupó de que los tres hijos del alemán fuesen bautizados, apadrinando a uno de ellos. Lo vistió. Y después el alemán, cuando necesitaba algo para el muchacho, se lo pedía al Comandante, y éste, generoso siempre, le daba algún dinero.

La historia es breve. Al ver al Comandante, el alemán gritó:

—Para este hombre, lo mejor que haya...

E inmediatamente le dieron comida buena, tabaco, vino, licores. Y al día siguiente, después de dos noches de prisión, fué puesto en libertad.

Al llegar a su casa, el Comandante Albert, que acababa milagrosamente de escapar de una muerte cierta, dijo, abrazando fuertemente a su esposa, con una gran emoción:

—Nunca en mi vida me habia sentido más católico, más español y más monárquico...

* * *

Y ya el Comandante Albert, después de unos días dedicados en Génova al reclutamiento de voluntarios, entró en los campos de batalla, ansioso de reivindicar con su conducta heroica el nombre de ese desventurado pedazo de España que se llama Cataluña. Y tomó parte en la conquista del Cerro Muriano, al frente de unos muchachos falangistas y en colaboración con los regulares de África y con los caballistas de Cañero. El Cerro Muriano era duro, alto, fuerte. Caía el sol a plomo y el Comandante Albert, arengando a las tropas, subía con gran fatiga. Pero allí ese caballero español, todo audacia, simpatía y valor que se llama don Antonio Cañero, estaba pendiente de todo:

—Tome un caballo, mi Comandante...

Y el Comandante, rendido, subía a caballo en el último momento y coronaba la montaña con la victoria.

Y ya de regreso, destrozados los pies, jadeante el pecho, le decía a su esposa:

—¡Qué hermoso es sufrir por la Patria! ¡Qué gusto da sacrificarse, hasta caer rendido de cansancio, por España!

* * *

20 de septiembre de 1936. Toma de Santa Olalla. Acción ésta en que la aviación roja atacó con un vigor y con un acierto en ella inusitado. El Comandante Albert, al lado de Castejón y en el batallón de Carranza, soñaba con llegar a Toledo y libertar a los héroes del Alcázar.

Estaban en la plaza Mayor. Castejón, con su gran experiencia, le gritó a Albert:

—Escóndase debajo del pórtico. Es peligroso el momento...

Y Albert, disciplinado, se escondió.

Pero de pronto, allá, en el otro extremo, ve al Capitán Planell. El Capitán Planell es catalán, ha podido también fugarse de Barcelona. La sorpresa, el entusiasmo es más fuerte que la voluntad. Y avanzaron ambos, a la vez, en descubierto, y se abrazaron estrechamente.

—¡Planell!

—¡Albert!

Y en aquel momento estalló una bomba a sus pies. Fué sólo un momento; las dos piernas de Planell cayeron como segadas por una hoz. El Comandante Albert, destrozado el corazón por la metralla, cayó muerto, y su rostro reflejaba una mueca de desprecio, de desdén hacia la muerte, como si la riñera:

—¡Venir ahora que estaba tan contento! ¡Qué inoportuna eres!

Así, de este modo trágicamente vulgar, se perdió el Comandante de Artillería Manuel Albert Despujol. El Comandante Albert, que en esta guerra lo hubiera logrado todo. El Comandante Albert, que hubiera entrado en Barcelona con todos los honores. Que hubiera ocupado allí un alto cargo. ¡Qué buen alcalde hubiera hecho! Pero ahora es algo más que todo eso. Porque ahora es el héroe y es el mártir.

Héroe y mártir de la Cataluña española y noble y digna. De una Cataluña que existe y que no se debe postergar. El Comandante Albert ha caído tal vez para ejemplo. Para decir a España toda, al mundo entero, que no todos son separatistas ni canallas. Que aún hay catalanes nobles y valientes que, como los héroes de Figueras y de Gerona, y como los héroes de Prim, saben morir por España...

¡Quizás por eso sólo, Dios nos ha querido arrebatarnos al Comandante Albert!





GESTAS DEL VANDALISMO

La magnitud del desbordamiento soviético en Cataluña, la grandiosidad de la revolución roja, con sus terribles características elevadas al cubo, muestra ese desdichado pedazo de la tierra de España abrumado bajo el peso de las gestas vandálicas.

Si Cataluña pecó alguna vez, ha sido ya, lo escribe un español, un anticatalanista, terriblemente castigada. Sus hombres más representativos, los catalanistas, y aún muchos separatistas auténticos, están de vuelta de ese viaje trágico a donde les ha conducido una obcecación absurda. Ya habrán visto que no caben los términos medios. Ni las actitudes particularmente sinceras. Se han visto barridos por una ola de elementos internacionales, escoria del mundo, y Cataluña ha pasado a ser una colonia rusa. En honor a la verdad, un crecido tanto por ciento de los crímenes cometidos no se debe a españoles. Pero la responsabilidad de la llegada a España de esos elementos escapados de todas las penitenciarías, sí, corresponde a malos españoles. Mejor dicho, a unos cuantos malos españoles, vividores de la política, que pueden condensarse en dos seres nefastos: Azaña y Companys.

Cataluña ha pagado muy caras aquellas elecciones sentimentales en favor de sus presos. Grosso modo, en cifra muy general y desde luego muy pequeña, puede

decirse que la tragedia, la bancarrota del regionalismo catalanista y del separatismo, ha costado a esa parte de España más de un billón de pesetas.

Además hay que sumar: en primer término, más de 50.000 asesinatos, en su mayoría de hombres de negocios, de inteligencias no mediocres. Ya no pueden dar su fruto. ¿Quién es capaz de calcular el perjuicio que ello ocasiona?

Luego, las fábricas. Rebasan la cifra de 2.000 las que funcionan soviéticas, lo cual significa tanto como sin orden ni concierto. Las cuentas de los Bancos, controladas y exhaustas. El despilfarro de las cuentas corrientes se ha empleado en guerra y en jornales casi improductivos. Y la escasa producción lograda, ¿dónde la venderán?

Los bosques abandonados, sin cuidar. El regadío y el secano produciendo cosechas ridículas y aun de éstas se ha incautado el Gobierno de Cataluña en buena parte, a fin de que una minoría privilegiada, de bandidos y meretrices, viva opíparamente. No se ha exportado ni un quintal. No se ha elaborado en serio producto alguno.

Total, la ruina, la miseria, la desolación, la muerte.

He aquí el fruto de la tiranía soviética elevada sobre las ruinas de un separatismo prehistórico y de un catalanismo expresión política de la parte más laboriosa y menos dotada de sentido político entre todas las que integran España.

1.—EL CASO PAR Y TUSQUETS

De todas las gestas vandálicas, de todos los atropellos inverosímiles, de todos los crímenes horrendos, el caso Par y Tusquets destaca de una manera indiscuti-

ble. Es un caso típico, sintomático, definitivo, que refleja, que dibuja, que retrata, como en ningún otro, el grado de audacia y de atrevimiento de una minoría inconsciente, de puro monstruosa.

Porque... Se ha asesinado a muchas personas, cierto. Pero el que más y el que menos ha sido sacrificado a un odio sectario, a una fobia antimilitarista. Par y Tusquets, no. Su sacrificio ha constituido algo al margen de las contiendas políticas, y aun de las venganzas personales tan frecuentes. Contra él no iba nada. Y sin embargo... Por desgracia, no es un caso único. Puede, sin embargo, servir de modelo, porque es el más característico.

¿Quién era don Alfonso Par y Tusquets? En Barcelona tenía una personalidad reconocida y respetada. Había sido concejal cuando Alvarez de la Campa fué alcalde. Pero precisamente por su actuación callada y fructífera no había trascendido su popularidad a la calle y desde luego no fué asesinado por su antigua significación política. Personalmente, era un santo. Solía pasar largas temporadas en Sardañola, donde recordaba, por su virtud y por su bondad, a un patriarca de los tiempos viejos. Ocho hijos tenía: Carlos, Guillermo, Sila, José, Mercedes, Alfonsito, Miguelín y Marta. ¡A la familia consagraba sus amores y sus desvelos! Y a la Literatura, también. Allá, en su rincón, había producido sus mejores estudios sobre el catalán antiguo. Jamás se le conoció enemigos, ni aún en el campo industrial o social, donde ocupaba, por su preparación y por su inteligencia, un puesto destacado.

Llegó la revolución en Cataluña. Las hordas sacrílegas, las tribus salvajes, peores que los invasores bárbaros o que los hijos de Atila, se adueñaron no sólo del arroyo, de donde procedían, sino de toda la ciudad. Criminales vulgares escapados de las cárce-

les, ocuparon los puestos más altos en la gobernación del país, bajo la pantalla grotesca de Companys y de sus cómplices. Y entonces...

Ya habían pasado los días primeros de alboroto y de bullicio y de crímenes callejeros. Era preciso reintegrarse al trabajo y reanudar la vida. Era preciso abrir las fábricas, aunque faltaran los patronos, los técnicos o sus dirigentes.

Un caso concreto. La falta de algodón había creado un conflicto inmediato. Sin materia prima no podían funcionar las fábricas de tejidos. ¿Cómo solucionarlo?

Y entonces se pensó en don Alfonso Par y Tusquets, ajeno al movimiento, pacífico por naturaleza, alejado de la política y nada sospechoso. Y se le obligó a aceptar la presidencia del «Comité Algodonero», formado por elementos militantes, a partes iguales, en la C. N. T. y en la U. G. T.

Par y Tusquets no tuvo más remedio que aceptar. Y, dentro de su conciencia y de su buena fe, se dispuso a trabajar.

Inmediatamente surgió la primera y única controversia. La C. N. T. propugnaba importar algodón para, con esta materia prima, poder abrir las fábricas de tejidos y evitar que los obreros se murieran de hambre.

La U. G. T., por el contrario, opinaba que no se debía comprar algodón, a fin de que los obreros no se reintegraran al trabajo y, acuciados por el hambre, se levantaran contra la sombra de Gobierno presidido por Companys y que resultaba ya demasiado pacífico y aburguesado.

Se procedió a una votación. Como las partes en discusión eran iguales exactamente, hubo empate, que solamente podía deshacer el voto del presidente, señor Par y Tusquets.

El dilema era claro, sencillito, indudable. Debía inclinarse por un lado o por otro en la seguridad plena de que el bando derrotado tomaría una represalia inmediata.

Par y Tusquets, perdido, angustiado, se inclinó por lo que su conciencia le dictaba. Y dijo, sencillamente: —Que traigan algodón y así trabajarán todos...

Esta era la solución a favor de la C. N. T.

Unas horas después, al salir de su casa, la U. G. T. asesinaba a tiros a don Alfonso Par y Tusquets.

La monstruosidad estaba cometida. Ocho hijos huérfanos y unos cuantos centenares de obreros sin trabajo.

Pero había ganado la C. N. T.

Si ella hubiera perdido, ella misma hubiera sido la que hubiera matado a Par y Tusquets.

Lo positivo es que de una parte o de otra estaba irremisiblemente condenado a muerte, siendo inocente en todos los conceptos.

Indiscutiblemente, se trata de un caso típico, sintomático, definitivo, que refleja, que dibuja, que retrata, como pocos, la barbarie, la criminal inconsciencia, la audacia vandálica de esa absurda minoría soviética impuesta por el terror en una capital que tiene fama de inteligente.

¡Pobre Barcelona!

2.—LA INQUISICIÓN

Gente sencilla, gente buena del pueblo, ¿habéis oído hablar alguna vez de la Inquisición?

¡En cuántas ocasiones, en libelos, en conferencias grotescas, en disquisiciones más o menos filosóficas, os habéis empapado de la crítica acerba, del ataque

duro, de la protesta enojada, de la condena violenta del famoso Tribunal! ¡Con qué vivos colores os han pintado la hoguera crepitante y la víctima inmolada a la barbarie!

Pues bien... Aquellos que, sin un estudio serio de un tema tan difícil, han agotado los adjetivos gruesos, las frases fuertes, pulverizando, en nombre de la Humanidad, los discutidos procedimientos de tortura y de martirio, son los mismos, ¡oh, gran paradoja!, que se han apresurado a poner en práctica los supuestos martirios y las torturas de la famosa Inquisición, elevándolos al cubo.

Y esto en pleno siglo veinte... Escuchad...

El doctor José María Vives Salas es un médico forense. En Tarragona todos le conocen, porque en los momentos amargos de la derrota de la vida, él, en el cumplimiento de su deber y de su oficio—al certificar las defunciones—tiene siempre para la familia una frase de consuelo, tiene unas palabras de resignación y la caridad de unas oraciones emocionadas.

El doctor José María Vives es católico. Católico práctico, sin meterse en política, generoso, caritativo, afable. Es sobrino del canónigo Salas, el grande amigo de Vázquez Mella. Tiene un hermano sacerdote. Toda su familia, dignísima, es modelo de virtud y de bondad. ¿Hacia falta algo más?

Es una noche del mes de agosto, el agosto rojo de Tarragona. Ha sonado, nervioso, apremiante, el timbre de la puerta.

—¿Quién es?

—Pronto... El médico... Un enfermo grave...

Y el doctor Vives va a salir. Pero su hija le detiene:

—Padre, que es muy tarde y te van a matar.

—¿A mí? ¿Y por qué? Si soy un hombre bueno...

—Por eso... Precisamente por eso...

Las llamadas, más vivas, son cada vez más inquietantes. El doctor Vives abre la puerta. Y sale.

Pero su hija—una magnífica silueta de mujer de temple—no se deja convencer. Y va a llamar al teléfono. Va a llamar a la policía.

Y cuando sus dedos vacilantes marcan los números del teléfono, se oye un alarido de angustia, de terror, de espanto.

La muchacha tiembla. Tiembla, porque ya es tarde. Tiembla, porque reconoce, transfigurada por la agonía, la voz de su padre.

Se asoma al balcón. Allá abajo, junto a su casa, atado a un árbol ve a su padre.

Le rodea una muchedumbre satánica, babeando odio, escupiendo insultos, vomitando blasfemias. Rodean, como hordas salvajes, el cuerpo del médico. Lo han rociado con bencina, que vierten de las latas traídas de un garage. Le han prendido fuego.

Es un acontecimiento. Celebran el espectáculo. El fuego quema las ligaduras, y el doctor Vives se lanza, por la rambla de Tarragona, como una antorcha viviente.

Los vecinos de la ciudad mediterránea no olvidarán nunca, por tiempo que pase, por siglos que transcurran, los alaridos de aquel hombre bueno y mártir. Se transmitirá de padres a hijos, de generación en generación, como una enfermedad maldita.

Y allá en el hogar—el bello rostro desencajado por el terror—la hija contempla la tragedia del padre. ¿Qué tormento es mayor?

Gente sencilla, gente buena del pueblo, ¿recuerdas los horrores que te han contado de la Inquisición? ¡Cómo los repudiabas!

Pues piensa que aquéllos eran problemáticos, inciertos, muchas veces falsos. Y ahora han tenido lugar

por los mismos que los maldecían, que los criticaban.

Piensa que la historia incierta del siglo xv, del siglo xvi, del siglo xvii, ha sido vencida por la historia auténtica de este siglo xx, de este vergonzoso siglo xx de la democracia, de la rectitud y de la libertad.

3.—EL DÍA DEL SANTO

Es en Tarrasa, el 24 de julio. Fiesta de Santa Cristina. Primeros días revolucionarios...

¿Quién no conoce en Tarrasa a Salvans, el fabricante? Hombre de negocios, es también hombre católico. Alejado de toda disciplina política, se consagra por entero a su negocio. Y en sus ratos libres, en vez de buscar diversiones lícitas, se dedica por entero a hacer bien, de un modo especial a los obreros parados. Los obreros parados constituyen su obsesión. Para ellos son sus mejores ratos de ocio, estudiando en ellos, meticulosamente, posibles mejoras, nuevas organizaciones, soluciones prácticas. Su bolsa se abre pródiga para llenar la de aquel que no puede trabajar. Esa conducta le ha creado fama de hombre íntegro, austero, generoso. Un gran católico, en fin.

Salvans se reúne aquel día—día del santo de su esposa—con ésta y con su hijo Juan. No se trata de una fiesta grande, sino de una fiesta íntima, en el recogimiento del hogar. Una fiesta en que se celebra el haber salido con vida de los primeros días trágicos. Una fiesta en la que se brinda por que la lucha se acabe, por que los hermanos se reconcilien, por que la caridad brille y el arco iris de la paz se dibuje sobre los horizontes negros de la muerte y de la guerra.

Fiesta íntima, en un hogar católico. Fiesta de tres personas que al sentir su vida, unidas, fuertemente

unidas, se sienten un poco egoístas, muy felices. Hogar, dulce hogar, al que no llegan las teas incendiarias ni los insultos soeces.

Es la hora, santa de la comida. La comida que empieza con la señal de la cruz y acaba con el convencimiento íntimo de que el año que viene sea la fiesta sin tantas inquietudes.

Y el marido dice:

—No he podido traerte el regalo de tu santo. ¡Está Barcelona tan revuelto! ¡Cualquiera va a una tienda!

Y la mujer sonríe:

—¡Qué mejor regalo que el de que tú hayas venido! Tú y mi hijo...

Y el hijo sonríe contento también y abraza a su madre.

¡Cuadro bienaventurado!

¿Quién pudo presumir aquello?

Y aquello fueron tres bocinazos espaciados y trágicos. Las señales de los comunistas, que son como las campanas funerarias que tocan en vida a muerto.

Y es a los postres cuando interrumpen en la estancia los sabuesos de la C. N. T. No preguntan, no interrogan. Y padre e hijo se alejan entre fusiles ante el estupor de la madre, ante el pavor de la esposa. Los seres queridísimos le son arrebatados en el momento mismo en que ella celebra la fiesta de su santo.

Con un dolor sin límite les ve alejarse, les ve partir hacia la muerte. Y con el estupor de la locura pintada en el rostro, la mujer solloza:

—He aquí el regalo de mi santo...

Allá, a lo lejos, suena una descarga cerrada, inconfundible, que abre las puertas del Cielo a dos nuevos mártires.

Es la fiesta de Santa Cristina. Es el día del santo...

4.—UN CAMBIO

Marcelino Nadal, de Badalona, era lo que se dice un buen hombre. Tenía unos cincuenta años y un temperamento dulce y pacífico. En su juventud entró de Hermano coadjutor en la Compañía de Jesús. Pero poco tiempo después salió de ella por no tener vocación absoluta. No quiere esto decir que hubiera desertado del puesto de honor de los grandes hombres católicos. Antes todo lo contrario. De nuevo en su antiguo estado edificaba a todos por su bondad y por su rectitud.

Vivía con su hermano, casado y con diez hijos del matrimonio.

Fué un día de agosto. De ese agosto de 1936, trágico en toda España.

Marcelino Nadal leía sentado junto a la ventana de su cuarto. De vez en cuando su vista se apartaba del libro y se clavaba en el techo, adivinándose en su rostro, generalmente impasible, una grave preocupación. Él no temía por sí mismo. Hombre de fe, de principios sólidos y de energía simple y fuerte, no temía por su vida. Pero le preocupaba la de su hermano, que sabía era perseguido. Su hermano con su mujer, con sus diez hijos, con su colocación que traía el pan a tantas bocas.

¿Por qué aquella tarde de agosto la preocupación era más profunda, más apremiante, más sincera? ¿Tenía, acaso, un presentimiento?

De pronto, afuera, sonaron los tres bocinazos prolongados y fúnebres. Era un auto de la F. A. I.

Se avecinaba un desenlace rápido, fulminante, terrible. Era preciso conservar la serenidad.

Los asesinos estaban a la vista. Venían a reclamar su presa. Venían a dejar huérfanas a diez criaturas,

viuda a una mujer buena y generosa. No había entrañas. No había corazón.

Pero Marcelino Nadal no vaciló un momento. Con esa serenidad suya, con esa tranquilidad propia de los temperamentos dulces y bondadosos, dijo sencillamente:

—Mi hermano está fuera. No lo encontraréis. Además, vosotros buscáis una víctima. No es preciso que sea él. Él tiene mujer, tiene diez hijos a los que dejaréis en la miseria más espantosa. Yo soy soltero. Yo soy muy católico. Fijaos bien: he sido jesuita. ¿No soy mejor presa? Vuestros apetitos serán satisfechos. Vuestra venganza será consumada; mi hermano sentirá más mi muerte que la suya propia, que es un segundo de sufrimiento. ¿Todavía vaciláis?

Las razones eran claras, precisas, irrefutables. Se trataba de un cambio. Un cambio ventajosísimo, en verdad. ¿Podía dudarse aún?

Y no dudaron. Y en vez del hermano se llevaron a Marcelino Nadal. Se lo llevaron, y su figura de hombre bondadoso, tímido, apocado, se paseó por la ciudad ebria de crímenes. ¿Quién, al verle en el fondo del coche, insignificante, vencido, humillado, veía en él un hombre de una categoría semejante?

Y allá en la montaña, entre los pinos, teniendo por mudo testigo el campo impasible, Marcelino Nadal recibió la visita de la muerte. La muerte que, enamorada de su sencillez y de su valor y de su bondad, quiso ceñirle la corona del martirio sobre sus sienes abiertas al sacrificio generoso.

Fué una descarga cerrada. Una descarga única y decisiva.

Allá, en un hogar humilde, ignorante aún de la hazaña consumada, un padre recibía los besos de sus

hijos y de su esposa, contentos de haber vivido un día más y mirando con firmeza el porvenir.

Y allá, en la soledad de un bosque, un hombre recibía el beso frío de la muerte con la que sellaba aquellos otros besos felices en los que triunfaba la vida y la felicidad de un hogar.

Se trataba de un cambio. Solamente de un cambio. Algo muy sencillo, muy trivial.

5.—DANIEL DE FERRETER

Barcelona, 21 de julio. Ha pasado el momento viril, fuerte, heroico de la sublevación militar. La traición, la más negra e infame traición de unos hombres de mando, ha originado el fracaso relativamente rápido del movimiento salvador en Barcelona.

Barcelona está de luto. La muerte ha entrado en muchos hogares. Y además, la inepticia, la debilidad, la estupidez de los vencedores hace posible la anarquía y el caos.

Arden las iglesias de Barcelona. Se asesina ya a sangre fría a los militares, a los requetés, a los curas, a los fascistas...

Y allá, en una clínica humilde, se desangra, muere tal vez, un muchacho joven, decidido, simpático, rebotante de ideal y de fe.

Se llama Luis de Ferrer. Le ha alcanzado la metralla de una de las bombas lanzadas sobre el cuartel de Artillería, donde cumplía dignamente su deber de español. Y ahora... Va a morir quizá, y como católico—católico serio, firme en sus convicciones profundas—siente que un sacerdote no le prepare en estos momentos solemnes.

De pronto... La puerta de la clínica se ha abierto.

En su dintel se ha recortado la silueta elegante de un muchacho apuesto. Un buen mozo. Estatura regular, fuerte, bien proporcionado, tiene unos cabellos rubios, unos ojos castaños y una sonrisa dulce. Todo él emana una simpatía comunicativa. Además, tiene el valor seco, el valor sereno, el valor sublime de los hombres de temple que no lo parecen, que no lo demuestran.

Y este muchacho ha dicho sencillamente:

—Te traigo, Luis, un confesor...

Esto, en otros momentos, no hubiera tenido nada de particular. Pero es el 21 de julio, cuando las iglesias arden, cuando se mata a los curas, cuando las hordas persiguen a todos los católicos, y este acto sencillo encierra ahora raíces de gestas. Sólo puede hacerlo un hombre, un héroe.

Este bravo, este hombre, se llama Daniel de Ferreter Ducay. Daniel de Ferreter y Ducay, primo del Alférez herido, tiene 19 años magníficos y es secretario de la Agrupación Escolar Tradicionalista de Barcelona. Ahora todo se comprende ya un poco...

* * *

Barcelona, 26 de julio. Juan de Ferreter, padre de Daniel, tío de Luis, el Alférez herido, Comandante retirado por la ley de Azaña, ha sido detenido. La familia, consternada, le ha visto salir entre fusiles. Y un mundo de presentimientos trágicos se ha enseñoreado de aquel hogar apacible.

Movimiento. Visitas. Influencias. Resortes. Y luego de dos días de prisión, luego de coquetear frívolamente con la muerte cierta, Juan de Ferreter, contra la voluntad de la horda criminal de la P. O. U. M., es dejado en libertad.

Pero la banda de la P. O. U. M. no perdona. Y ya que

no al padre, busca, entre lo más sagrado y lo más querido, otra víctima.

* * *

Barcelona, 28 de julio. Son las seis de la tarde, de una tarde cálida de verano en la que las luces granas del crepúsculo tiñen de rojo el azul purísimo del cielo, como si trazaran un marco adecuado a la situación dramática y terrible.

Daniel de Ferreter Ducay, bien plantado, buen mozo, guapo y, sobre todo, dulce y bueno, espera con la natural impaciencia la llegada de su padre.

De pronto... Un registro... Un registro bárbaro por las hordas salvajes de la P. O. U. M. Sereno, magnífico, sublime, Daniel de Ferreter lo presencia, sin una bravata, sin una claudicación tampoco, con temple, firme, sereno, seguro de sí mismo.

Daniel de Ferreter tiene con él a su hermano mayor. Uno de la banda le da de lado y le dice:

—Contra ti no hay nada, porque tú no te metes en política. Es tu hermano, el carlista...

Daniel de Ferreter comprende que su situación se agrava por momentos. Y sonríe. Con esa sonrisa dulce de su carácter tranquilo y bondadoso. Con esa sonrisa alegre del que no teme al martirio ni a la muerte. Con esa sonrisa, en fin, de los predestinados, y espera...

Espera hasta que surja la prueba grande que le ate, que le rinda, que le condene. Y la prueba ha surgido ya.

—¿Qué es esto? ¡Una conferencia del Padre Laburu! ¡dedicada a ti! ¿Para qué buscar más?

Y el sicario muestra, con saña regocijada, un librito sencillo en el cual el famoso predicador jesuita ha estampado su firma con un elogio del muchachito humilde y bueno.

Poco tiempo más. Y Daniel de Ferreter es sacado de su hogar. Aún tiene palabras de consuelo y de entereza:

—No os preocupéis... No he hecho nada malo y por lo tanto no pueden hacerme nada...

Son las siete de la tarde. Contento con su libertad, el padre de Daniel llega a su casa a estrechar entre sus brazos a todos los suyos.

¡Horror! El hijo queridísimo ya no está allí. Se lo han llevado. Y el padre comprende que esta vez no hay perdón. Y la venganza cierra su garra canalla sobre la víctima inocente y santa.

* * *

Barcelona, 29 de julio. Atado a un árbol de un bosque de Moncada, se encuentra el cadáver de Daniel. Tiene los ojos azules un poco entornados y su boca se pliega en una sonrisa bondadosa, mientras su rostro delata un dolor grande.

Daniel de Ferreter tiene un tiro en una pierna. Y sus muñecas presentan las venas cortadas por las que, generosa, pródiga, fertilizadora, se le ha escapado su vida llena de ideal. Se calcula que la muerte, por desangre lento, tardó en producirse media hora.

La Agrupación Escolar Tradicionalista de Barcelona está de luto y de gozo. Está de luto, porque ha perdido a su Secretario, todo celo, todo diligencia, todo actividad... Está de gozo, porque la Agrupación Escolar Tradicionalista tiene un mártir. Un mártir religioso que muere por la Fe y un mártir de la Patria que muere por ella en un derroche pródigo de bondad.

6.—LOS MASIP

Los conocían por los Masip de Ulldemolins. Eran padre e hijo. El padre, Alcalde carlista varias veces, hombre de extrema derecha, activo, inteligente, cordial, generoso, caritativo. Era un caballero del campo. Su hijo no estaba afiliado a ningún partido político. Como hijo de buen carlista, había bebido en la cuna, en primer término, el amor a la religión católica, el amor a Dios. Y había dedicado todas sus actividades a Acción Católica.

El 6 de octubre tristemente famoso, los Masip, padre e hijo, habían sido detenidos, habían sido juzgados por el Comité revolucionario, y habían sido condenados a muerte. Pero llegó a tiempo el fracaso rápido, grotesco, de aquel movimiento criminal, y los Masip, padre e hijo, fueron puestos en libertad.

Para otros hombres, el susto, la muerte que vieron tan cerca, las contrariedades, las vejaciones y los sufrimientos pasados, hubieran sido suficientes para hacerlos claudicar de sus convicciones. Pero no. Ellos, firmes en sus puestos, continuaron laborando cada cual dentro de sus ideales.

Y llegó el 17 de julio. Los Masip, padre e hijo, vivían en Tarragona. Fueron a buscarles, para detenerles. Se los llevaron. Pero no a la prisión, sino a la muerte. Esta vez, ni previo juicio. Por capricho. Por gusto. Por bajo y cobarde espíritu de venganza.

Los llevaron de Tarragona, capital, al pueblecito de su provincia, llamado de Marsá, cerca del de Falset. Allá en lugares diversos, al uno y al otro extremo de un monte, les hicieron varios disparos, que no eran de muerte inmediata. Y los abandonaron, para que se desangraran. Ocurrió a las siete de la tarde, cuando el

sol se hundía lentamente, bajo las montañas grises, en las que los viñedos ponían la nota alegre, de un verde vivo.

Cuando el sol, al día siguiente, apareció de nuevo, y sus rayos primeros iluminaron el campo, sorprendió una escena fuerte, de una emoción única.

Los Masip, padre e hijo, habían sido acribillados a tiros en lugares diversos. Ya lo hemos dicho. Y los dos, heridos de muerte, habían gateado, arrastrándose, monte arriba, hasta coronar su cúspide. Y los dos agonizando, se habían encontrado, maravillosamente, en la cima. Y el sol los había descubierto exámenes, muertos, fríos ya, abrazados estrechamente, el uno al otro...

Así, unidos en el último abrazo, los Masip, padre e hijo, debieron entrar, triunfantes, en el Cielo...







ÍNDICE



INDICE



ÍNDICE

Páginas

PÓRTICO	5
---------------	---

La horda sacrílega	13
--------------------------	----

1.—El incendio de la iglesia del Carmen	15
2.—El espectáculo de las momias	17
3.—De cacería	21
4.—Y ésta es la Democracia	24
5.—Certifico que son mártires	26
6.—¡Al cielo se va en coche!	32

La fobia antimilitarista	37
--------------------------------	----

1.—¡No es preciso el tiro de gracia!	39
2.—Un Coronel lee su sentencia	42
3.—En el ascensor	44
4.—Correspondencia leal	46
5.—¡Está ocupado, señor!	48
6.—El Comandante Albert	50

Gestas del vandalismo	59
-----------------------------	----

1.—El caso Par y Tusquets	60
2.—La Inquisición	63

	<u>Páginas</u>
3.—El día del santo	66
4.—Un cambio	68
5.—Daniel de Ferreter	70
6.—Los Masip	74





OBRAS DE ANTONIO PÉREZ DE OLAGUER

Ensayos literarios, ocho narraciones ilustradas por
ERNESTO FOYÉ. Precio: 3 pesetas.

Españolas de Londres, novela originalísima, con dibujos de E. C. CENAC. Precio: 3,50 pesetas.

De Occidente a Oriente por Suez, libro de viajes, con magníficas fotografías. Precio: 4 pesetas.

Paso al Rey, novela política antirrepublicana. Precio: 5,50 pesetas.

La ciudad que no tenía mujeres, novela humorística. Precio: 5 pesetas.

El canónigo Collell, biografía. Precio: 15 pesetas.

Mi vuelta al mundo, excelente libro de viajes. Precio: 18 pesetas.

Más leal que galante, comedia dramática. Precio: 1 peseta.

Los de siempre. (El requeté en campaña.)

VOLÚMENES PUBLICADOS:

I.—J. TUSQUETS, LA FRANCMASONERÍA, CRIMEN DE LESA PATRIA (3.^a edición).

Precio: 1 peseta.

II.—A. PÉREZ DE OLAGUER, EL TERROR ROJO EN CATALUÑA (3.^a edición).

Precio: 1 peseta.

III.—TEODORO TONI, S. J., ESPAÑA VENDIDA A RUSIA.

Precio: 2 pesetas

IV.—J. TUSQUETS, MASONERÍA Y SEPARATISMO.

Precio: 1 peseta.

EN PREPARACIÓN

J. TUSQUETS, PBRO.

LA MASONERIA Y EL OBRERO

Conferencia pronunciada el día 21 de marzo de 1937, en el Teatro Principal, de Zaragoza.

Texto revisado y completado por el autor.

1200 - 4031
AHB
Fdo. doc. Guerra
s. XX / finit
español



Obra de actualidad

MASONERÍA Y SEPARATISMO, por J. TUSQUETS. Ediciones Antisectarias, volumen IV. Burgos, 1937. Precio: 1 peseta.

Como en una película documental desfilan ante el lector los episodios de la tragedia patria: Filipinas, Solidaridad Catalana, Asamblea de Parlamentarios, Fundación del partido nacionalista vasco, Pacto de San Sebastián, Estatuto, Rebelión de Octubre, Guerra civil. Utilizando una documentación muy selecta y en su mayor parte inédita hasta la fecha, el autor descubre en cada uno de estos episodios las maquinaciones ocultas de la Francmasonería.

Podemos resumir el efecto que nos ha causado su lectura diciendo que es un antecedente indispensable para orientar el porvenir de España. El español que desconoce los datos expuestos en esta obrita vive, sencillamente, en el limbo.

De venta en todas las librerías.

Para pedidos al por mayor, dirigirse a
EDICIONES ANTISECTARIAS

Apartado 98 - Burgos